

HISTORIA de ARTIGAS

SEGUNDA EDICION

AUMENTADA Y CORREGIDA

VIDA ☆☆☆
ESCENARIO ☆
OBRA ☆☆☆
PENSAMIENTO
TRASCENDENCIA

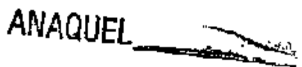
EDGARDO UBALDO GENTA

HISTORIA de ARTIGAS

HOMENAJE AL HÉROE
EN EL
PRIMER CENTENARIO DE SU MUERTE
1850 - 1950

SEGUNDA EDICIÓN
AUMENTADA Y CORREGIDA

Editorial FLORENSA & LAFON
PIEDRAS 346
MONTEVIDEO
1950



SEGUNDA EDICION - CUARTO MILLAR

TODO EJEMPLAR VA NUMERADO

596

P R I N T E D   I N   U R U G U A Y

UNION... PERO NO UNA UNION MEZQUINA... SINO AQUELLA QUE HACE EL INTERES MISMO, SIN PERJUICIO DE LOS DERECHOS DE LOS PUEBLOS Y DE SU LIBRE Y ENTERO EJERCICIO.

José Artigas.

EL SUELO NATIVO ES LA UNICA PROPIEDAD PLENA DEL HOMBRE, TESORO COMUN QUE A TODOS IGUALA Y ENRIQUECE, POR LO QUE PARA DICHA DE LA PERSONA Y CALMA PUBLICA, NO SE HA DE CEDER NI FIAR A OTRO, NI HIPOTECAR JAMAS.

José Martí.

SEÑALAR LOS ERRORES DE LOS TIEMPOS Y DE LOS HOMBRES, JAMAS HA SIDO CALUMNIAR NI INJURIAR.

Juan Carlos Gómez.

NO ALTEREMOS LA VERDAD DE AYER PARA DESFIGURAR LA VERDAD DE HOY.

Juan B. Alberdi.

LA FIGURA DEL AUTOR DE LAS INSTRUCCIONES DEL AÑO XIII HA IDO CRECIENDO HASTA AGIGANTARSE Y OCUPAR LA CUMBRE POLITICA DEL CONTINENTE.

Eduardo Acevedo.

CARACTERISTICAS DE LA OBRA

I.—Muestra al héroe en sus proyecciones nacional y americana, como fundador de la patria uruguaya y precursor de las instituciones de libertad y justicia más avanzadas de América.

II.—Constata la trascendencia del artiguismo, deduciendo la conducta y el ideal de nación, colocado en un horizonte de superaciones espirituales.

III.—Está especialmente consagrada a la juventud, con sentido pedagógico actual, atendiendo:

a) el concepto positivo sobre la enseñanza de la historia, que aconsejó la revisión universal de los textos de la materia;

b) la doctrina creadora, que muestra la influencia de la voluntad en la dirección, magnitud y sentido de los acontecimientos;

c) las causas que ligan la historia con la filosofía y la sociología, poniendo de manifiesto las pocas, grandes y elocuentes líneas fundamentales, en lugar del pormenor intrascendente;

d) la orientación última en materia de derecho, tanto de la persona humana como de la convivencia internacional.

IV.—Su importancia se acrecienta por tratarse de una Historia de lectura ejemplar, desde que está escrita en un lenguaje cuidadosamente depurado, con el estilo de una obra de arte literario, y en cuyo fondo resaltan y prevalecen los principios de la ética, en los que se funda la personalidad del héroe.

V.—Aumenta el valor de este volumen, de más de doscientas páginas en formato y tipo que favorecen la lectura, láminas de la iconografía artiguista, de subido mérito artístico.

Los editores

PROEMIO A LA PRIMERA EDICION

En momentos en que América y especialmente el Uruguay, se apresta a conmemorar el primer centenario de la entrada de Artigas al seno de la inmortalidad, consideramos útil esta ampliación que ofrecemos de nuestros ensayos anteriores sobre el sentido ético y estético de su historia, desde que las proyecciones filosóficas y literarias de las vidas ejemplares son el complemento idealista y emocional de su estudio meramente científico y, a la vez que iluminan con nueva luz sus rasgos verdaderos, auxilian la función social de la docencia, porque acentúan el deseo de ajustar la propia conducta a las normas superiores que fueron el acicate de sus sacrificios por la felicidad de los pueblos.

Así como creyó Miguel Angel que toda escultura vive, con la gracia de sus formas completas, en la entraña del bloque, y que la misión del artista no es otra que desnudarla del amorfo ropaje que la protege y oculta, ocurre con las grandes figuras del pasado que, mientras las viste un manto espeso de pasiones, intereses y prejuicios, su individualidad, su actitud y su vida reales permanecen en la oscuridad, aguardando que el cincel justiciero desbaste la caparazón deforme y

surja por fin, a la luz, la proporción, la estatura, el gesto y el énfasis verdaderos.

De la misma manera, para que los americanos y sobre todo los rioplatenses, gocemos la actual etapa admirativa por esa gran figura plástica casi desbrozada de lo que un día fausto ha de ser el Artigas cabal, se hizo necesario que talentosos e infatigables maestros de la historia labrasen, con acerada pluma, un trabajo de recreación admirable, por lo justo y verdadero. Honoremos a tales mayores.

Fué por la sugestión creciente del prócer, pronto redivivo, que brotaron nuestras exaltaciones literarias, iniciadas con los "Cantos a la Patria de Artigas", escritos en edad infantil y editados, cuando cadetes, en la Escuela Militar de Montevideo. De entonces a la fecha no ha habido tribuna a los cuatro rumbos del Uruguay donde no se haya levantado nuestra voz en el coro de su gloria. Nuestras campañas cívicas del "Artigas de Bronce", destinadas a erigir su estatua sobre los plintos de las ciudades del Uruguay y las de naciones hermanas, concitan, desde la infancia escolar a la ancianidad venerable, a uno de los movimientos más convincentes del prestigio del héroe en el espíritu nacional y en la conciencia americana. Y, del "Himno a Artigas" a la epopeya "La Platania", nuestra loa sube sin cesar hacia el nimbo de ideales de su frente. Frutos de esa admiración hacia Artigas son la forma y el aliento de este libro; obra de ideas cargadas de emoción, pero sin intenciones ocultas; clara, recta y vibrante cual la espada que heredamos del glorioso caballero de la libertad.

A nuestros anteriores estudios sobre la magna figura, se agregan aquí otros puntos de vista acerca de importantísimas cuestiones, como la de si Artigas merece el título de Fundador de la República Oriental del

Uruguay, si su extrañamiento al Paraguay significa la resolución de abandonar la lucha por la causa de sus pueblos y otras de tamaña trascendencia para el dictamen de la posteridad, presentadas hasta nuestros días por afamados historiógrafos con soluciones que ahora conceptuamos desacertadas.

Nos pertenece la iniciativa de revisión de los textos de Historia, que mereció por doquiera tan amplia acogida, expuesta por nosotros ante la juventud de los Institutos Normales al hacer entrega del mensaje que nos encomendara para ella el magisterio del Paraguay; conceptos que hizo conocer al país el diario "Imparcial" en su número del 31 de octubre de 1925. Y sin tilde de vanidad, creemos que esta obra es signo de lo que puede lograrse en la conciliación de la verdad pasada con su trascendencia espiritual.

Por consiguiente, hicimos abandono de anteriores juicios que hoy, tras un severo análisis, no nos impresionam como francamente "artiguistas", es decir: exentos de interpretaciones negativas, desde que el clarísimo pensamiento y la vida sin sombras del Héroe expresaron siempre amor al semejante y cordialidad al extranjero; mientras que también señaló, con índice firme, a sus ocasionales adversarios, que fueron gobiernos impopulares, sistemas de injusticia, regímenes de opresión. Es así que al influjo del propio Libertador nos hemos liberado de ideas y sentimientos que en el fondo o en la expresión no fuesen en absoluto fieles a la memoria del Padre de la Patria y dignos de la juventud, a quienes hacemos ofrenda de uno de nuestros más depurados libros.

Nombramos a la juventud y creemos útil agregar unas palabras sobre el sentido de esta obra. Como se verá, con la lógica de los hechos en que

descansa su probidad científica, hemos procurado cuidar la expresión y descubrir el principio, de modo tal que creemos haber ensayado ese género literario-filosófico, poco común y a la vez más pedagógico, desde que aviva la imaginación y despierta sugestiones que concilian el provecho con la belleza de la Historia.

En nuestros juicios hacemos primar la conducta observada sobre la realidad cumplida, la calificación sobre el éxito, porque para nosotros el fundamento de cualquier doctrina política es la virtud.

El lector verá que todo el ideario de nuestro héroe puede reducirse a esta frase: **libertad y unión para los rioplatenses,** ya contra la dictadura de España, ya frente a la anarquía de sus hermanos, ora ante el imperialismo de Portugal.

Repetimos que sus enemigos no fueron nunca los pueblos, sino los gobiernos imperantes sobre ellos en los períodos de su evolución que nos vemos obligados a considerar, para comprender la razón y el significado de la epopeya artiguista. Por el contrario, ejemplarizados por aquellos errores ansiamos, con nuestra fidelidad al pensamiento del prócer, enlazar a los descendientes de tales pueblos en una armonía de naciones, entrevista por la mirada de águila de quien sufrió por haberse adelantado dos siglos al ritmo de la historia.

E. U. G.

☆ ☆

ACAPITE DE LA SEGUNDA EDICION

En el breve lapso del 19 de junio —aniversario del nacimiento de Artigas— al 23 de setiembre de 1950 —centenario de su muerte— se agotaron los primeros millares de esta "HISTORIA DE ARTIGAS".

Si por una divulgación acertada y profusa del ideario del Héroe en la conmemoración secular, alcanzó su figura la magnitud apoteósica, no es menos cierto que ella ya estaba esculpida en sus rasgos morales y políticos con caracteres definidos, que concuerdan con las líneas que trazamos ayer, procurando erigir su fúlgida imagen en el verbo, con el mismo amor con que lo hicimos en el bronce.

Muchos marcan el tilde político del héroe; pocos, su acento telúrico. Y ambos son inseparables en el compás de su gloria. Es el federalismo, sí; pero sobre todo es la platánidad. Y nosotros hemos procurado incidir sobre tal característica, que hace de Artigas la figura histórica más grande, noble y trascendental del Río de la Plata..

Todos sus grandes epítetos: padre de la patria, paradigna de hombredad, protector de los libres, precursor del panamericanismo, máximo prócer de la revolución de mayo, apóstol y mártir de la hermandad rioplatense, venero de la conducta cívica y la convi-

vencia internacional, númen de la democracia americana —no tienen nada de convencional o retórico, no son halagos al patriotismo o clamores del amor filial. No. Ellos brotan de mentes ilustres y responsables, de valores representativos y ajenos, de corporaciones doctas y distantes, que afirman, proclaman y exornan todo eso de magno y excepcional, que incide en gloria y responsabilidad sobre su cuna, la nación uruguaya, cuyo significado político y cultural no es otra cosa que la fiel prolongación de aquella vida extraordinaria.

Y como creemos haber probado la trascendencia de esa gloria en el coro de la epopeya americana, a lo largo del discurso de materias fundamentales que forman la "HISTORIA DE ARTIGAS", mantenemos casi inalterable el texto primicial en su segunda tirada, conservando así en la literatura artiguista el carácter singular que nos habíamos propuesto.

Aprovechamos la nueva ocasión para insistir en el anhelo genitor de esta obra: que las excelsas virtudes de Artigas, que animan estas páginas, inspiren a la juventud la vocación inquebrantable de la libertad y la justicia.

E. U. G.

I

PROYECCION FILOSOFICA DE ARTIGAS

Su grandeza moral. - Espacio que abarca. - El Jefe de los Orientales. - Calidad y sentido de lo histórico. - Ubicación de Artigas en la historia.

ARTIGAS: EL HOMBRE DE LA LIBERTAD

Se ha dicho que el objeto de la vida es la conquista de la felicidad. Pero toda limitación de la existencia lo es de la dicha. Vale decir, que a mayor libertad, mayor felicidad.

Por tanto, los grandes benefactores lo son en la medida de su tributo a la felicidad por la liberación del hombre. Y es con esa vara que mensuramos la jerarquía de nuestros héroes.

Pero libertar no es eximir, sino superar. Es emanciparse de pasiones e instintos que nos atan a lo necesario y contingente. Se trata de una sublimación espiritual por el conocimiento, que nos per-

mite distinguir lo verdadero de lo falso, lo permanente de lo efímero, lo trascendental de lo fútil.

Artigas es, así, nuestro máximo héroe porque no transige jamás con un procedimiento que no se ajuste al principio, con una conducta que no responda a la ética. Y en lo político, nunca limita el concepto de patria con ninguna parcialidad en lo interno ni regionalismo en lo exterior. Su fin de independencia en la unidad nacional y de confederación para las unidades independientes, lo exalta a la máxima grandeza, desde que armoniza la libertad con la fraternidad humana.

En los documentos que nos ha dejado no pone límites a esas dos ideas favoritas: libertad y felicidad. Él dijo: "El interés de América es el mío"; "La libertad de América forma mi sistema", "Despliéguense las ideas que harán feliz la América del Sur". Y al lado de esto: "Yo jamás dejaría de poner el sello de mi aprobación a cualquier obra que en su objeto llevase esculpido el título de pública felicidad"; "nuestros afanes por la común felicidad". Pero, por sobre todo, tanto él como los pueblos deben ceñirse a los preceptos de la más estricta moral. He aquí una de sus frases broncíneas: "El mundo entero venerará nuestras virtudes y la posteridad nos llenará de bendiciones".

HEROE MORAL

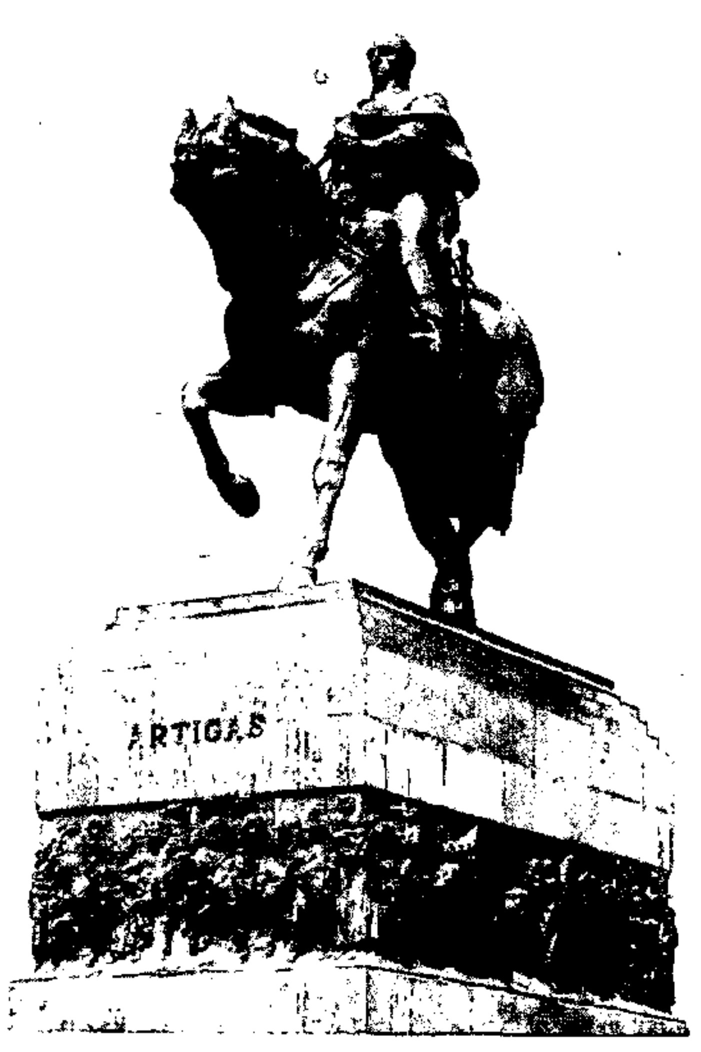
El fin supremo del arte, según Tolstoy, no es la glorificación del éxito, sino la imagen de un alma capaz de compadecer y amar a sus perseguidores.

Sobre "Historia de Artigas"

Comentario en "Revista Nacional", órgano del Ministerio de Instrucción Pública, de la pluma de su Director Honorario don Raúl Montero Bustamante, Presidente de la Academia de Letras.

En la realización de este libro han intervenido por igual el poeta, el historiador y el filósofo. El poeta ha puesto el numen y el encendido acento que hace se eche de menos la forma rítmica en estas páginas que, por momentos, parecen estancias de un poema, o mejor de una epopeya; el historiador ha agregado el rigor de la investigación, la verdad del concepto y la autoridad del juicio; el filósofo ha penetrado el sentido humano y sociológico del personaje, de su obra, de la época en que ésta fué realizada y de su extensión en el tiempo, para crear una doctrina de la que es eje el pensamiento artiguista. ¿Qué mejor homenaje podía tributar el autor al héroe, al caudillo y al hombre en el primer centenario de la muerte de Artigas que el que surge de estas páginas que deben ser leídas por jóvenes y viejos, éstos para hacer más hondo y firme el concepto que da fundamento a la tradición nacional, aquéllos para que aprendan a sentirla en toda su grandeza y en toda su trascedencia? Y agreguemos que debieran ser difundidas también fuera de fronteras, porque esta síntesis histórica sociológica del significado de Artigas, leída en ambientes foráneos, tiene que contribuir a hacer más respetada y admirada la esencia histórica que sirve de fundamento a la sociedad oriental y a sus instituciones democrático republicanas. Este libro es síntesis de cuidadosos estudios sobre el significado de Artigas en la historia de América realizados desde hace muchos años por el autor, que han dado ya lugar a notables ensayos. En cierto sentido, enrraizan también estas páginas con la obra épica del autor, de carácter cíclico, que éste ha titulado "poemas américos", en que el

poeta y pensador ha inoculado la esencia lírica y el concepto continental de que el Nuevo Mundo tiene en su entraña histórica tremendas fuerzas espirituales que, unidas a las que proceden del mundo cristiano, han dado origen a su actual civilización y han preparado los elementos de su futura grandeza basada en el orden jurídico y en el pleno desarrollo de las ideas democráticas que sembró Artigas. Establece el autor en este libro la proyección filosófica del Héroe Nacional que emana de su grandeza real y tiene como escenario, no sólo las provincias platenses, sino toda la América española. Artigas es el primer caudillo del Río de la Plata; pero es también uno de los grandes caudillos de América, si es que a la voz caudillo se ha de dar la acepción de conductor de pueblos y de creador de instituciones democráticas. Ensaya el autor la historia de Artigas y, sobre todo, de la difusión de su pensamiento y de su influencia y hace el examen filosófico de aquél para afirmar que Artigas "es un pensador del Estado moderno". Estudia luego los conflictos interprovinciales que destruyeron el concepto de federación y convirtieron al Protector de los Pueblos Libres en estoico proscripto y "padre de los pobres", para definir luego en páginas magistrales la trascendencia americana del artiguismo y glorificar en encendidas cláusulas a Artigas redivivo y victorioso, después de un siglo de su melancólica muerte. La índole de estas notas bibliográficas nos impide hacer un análisis más detenido de este libro que, volvemos a repetirlo, debe ser difundido, dentro y fuera del país, a fin de que propios y extraños adquieran más profundo y exacto conocimiento del carácter del Héroe Nacional y de la trascendencia histórica de su obra.



"Artigas" - Grandioso monumento ecuestre erigido en la plaza Independencia de Montevideo, obra del escultor italiano don Angel Zanelli.

Y si la apasionada indulgencia de Bolívar llegó hasta perdonar, en el borde de la tumba, a todos sus adversarios ¿qué pensamientos de generosidad no habrán nimbado la serena grandeza de Artigas en el instante de abandonar el mundo? Bolívar, en el pináculo de su desventura, no cesó de hablar hasta morir. Artigas en la desgracia guardó un silencio de treinta años. Pero quien, en el apogeo del poder, fué tan extrañamente magnánimo con sus enemigos ¿cuánto perdón no habrá prodigado sin palabras en esos seis lustros de dolor, de soledad y silencio?

SU TRASCENDENCIA

La influencia de Artigas en el pasado se dilató hasta los Andes de San Martín, hasta el Potosí y la cuna de Bolívar, hasta Asunción y Río de Janeiro. Y aun a los centros principistas de la América del Norte. Y todavía al corazón de España, de Portugal y de Inglaterra.

Sus resonancias están aquí y allá, creciendo al ritmo de la libertad en el planeta. El Uruguay es libre y democrático por él y sus tenientes. La Argentina es federalista por él y sus discípulos. Y América llegará a ser una gran fraternidad democrática y hasta una confederación de libres, pero proclámese que estas ideas ya alentaron en él y siguen palpitando en la mente de sus panegiristas.

LOS "ORIENTALES" DE ARTIGAS

Un pueblo se diferencia de una agrupación de hombres en que tiene conciencia de sí. O sea, que

las manifestaciones de su vida no se dispersan, sino más bien armonizan en un conjunto de características singulares. Sus integrantes actúan como seres homogéneos, con emociones y pensamientos que *son* de la *comunidad*. En cada circunstancia y a la vez, se sienten dichosos o infelices, exaltados o deprimidos, libres o esclavos, satisfechos o desconformes, siempre por una misma causa. Los paradigmas: héroes, estadistas, apóstoles, mártires, se veneran como un bien colectivo. También son a modo de denominadores comunes la tierra, el temperamento, los símbolos, el destino. Y cuando este todo se hace evidente para todos, la muchedumbre es un pueblo.

Esto sucedió con **los Orientales** desde su primer día.

Fué, antes, la naturaleza. Es la Banda Oriental el gran seno de un gran río. En ese recinto, la otra orilla no pudo extenderse para poblarla, al modo de un puente. Son demasiado anchos el Río-como-Mar y sus mayores tributarios. Y Montevideo tuvo que nacer de una expedición; fué un desprendimiento. Lo mismo le ocurrió al portugués con respecto a la Colonia del Sacramento, dado la mucha distancia del centro fundador.

De una y otra parte los soldados y sus familias, a la hora de partir para tán azarosas empresas, no dijeron "Hasta pronto", sino "Adiós". Como fundamento económico, por ser este cercado mundo fluvial una rica pradera, se le consagró naturalmente a la ganadería. Y también en lo militar y político tuvo que ser algo aparte en el virreinato. Y fué una

gobernación. Poco a poco los hijos de esa Banda Oriental fueron sintiéndose y nombrándose los "Orientales". Y esa **orientalidad** se hizo más necesaria, más fuerte y decisiva en las grandes pruebas. Entonces buscaron su conductor y, al hallarlo, se llamaron resueltamente **los Orientales de Artigas.**

LA ESCALA DE LA HISTORIA

El fundamento económico es apenas una sección de la existencia. No es el único ni siquiera el más importante. Consideramos insensato que se nos reduzca al plano bidimensional de la producción y el consumo. En la trinidad humana: física, biológica y psíquica, los valores realmente trascendentales tienden cada vez más y afortunadamente hacia el último término, el de la dimensión suprema de la vida. La actividad histórica del hombre existe en una tercera escala, donde también lo sitúan sus cualidades políticas y su mundo cultural; todo, en suma, cuanto se halla más cerca del pensamiento que del instinto, y sea más hijo del espíritu que de la materia.

EL JUICIO DE LOS GRANDES HECHOS

La ciencia de la historia ordena los hechos como la ingeniería los materiales, según el fin útil de sus empresas. Pero si además de esto, los combina con un propósito de belleza, como ocurre en arquitectura, entonces cumple una misión elevada de arte

literario. Y si al tiempo de satisfacer un plan verdadero, provechoso y estético, procura dar con el sentido de lo que acontece, es llegado el feliz momento en que la historia se hace filosofía.

Si bien la ciencia sociológica ha logrado apoderarse de casi todo el campo racional que antes descubrió la filosofía de la historia, queda libre al vuelo de la inteligencia el infinito espacio subjetivo, hipotético, conjetural, que si no se sustenta en los inconmovibles pilares de la lógica, es inexhausto venero del arte, al tiempo que un índice infatigable para la conducta de los individuos y las colectividades, en cuanto trascienden sus especulaciones hacia los grandes principios que ennoblecen y justifican la vida del hombre en el mundo.

En todos los casos, la sustancia es el acontecimiento histórico, el suceso influyente. Y si se trata, como aquí, de hallar una orientación en la historia de Artigas, interesan los hechos determinantes, positivos y negativos de la conducta, el pensamiento y la obra del Héroe de nuestros héroes.

HISTORIA Y PORVENIR

Se obra por instinto animal, o memoria de lo conveniente; pero también por conciencia moral, o memoria de lo debido. Si, al decir de Bergson, la conciencia se manifiesta como facultad de memoria y de anticipación del porvenir, la conducta, en acción presente, permite que las enseñanzas del pasado obren sobre los acontecimientos futuros, o, en otros términos, que la historia se vaya creando y superando a sí misma.

En cierta interpretación de la mitología griega, Prometeo significa "el que piensa antes" y su hermano, Epimeteo, "el que piensa después". Uno rige, con ígnea voluntad, los acontecimientos previsibles. El otro, los padece. En la titánica lucha entre fatalidad y voluntad, aquél es autor; éste, actor. El primero hace historia; el segundo, crónica.. Nosotros nos enrolamos en las filas de Prometeo.

En el acontecer hay dos valores diferenciables; uno es el azar; el otro, la voluntad humana. El incesante progreso tiende a reducir el espacio del primer factor y aumenta las posibilidades del segundo. Día llegará, lo esperamos, en que toda actitud histórica será la consecuencia justa de la aptitud espiritual. Sobre la experiencia fecunda, el principio ético dará la norma para la conducta personal y colectiva. Las lecciones del ayer propiciarán los actos de hoy, influyendo en la creación del mañana. No otra cosa ocurre en las previsiones de la cosecha, consecuencia de un conocimiento anterior y un trabajo actual para la siembra. En el "aquí" o en el "ahora" el azar puede y suele mezclarse a favorecer o impedir el noble propósito. No obstante, pese a plagas e inclemencias, el hombre persiste en su obra, cada vez con mayor pertinacia, en la convicción de que lo fortuito, el accidente, no malogran el lauro progresivo del fruto, que es lo fundamental.

Están, así, unidos: pasado, presente y futuro, en un devenir, que representaríamos con la figura del móvil que transita de la conciencia de lo acaecido a lo que puede suceder conscientemente; de la

"lección" a la "elección". Mejor todavía: de lo que está en incesante proceso creador y, por ende, en admirable posibilidad de llevar nuestro sello, cada día con más firme nitidez.

Pensamos que la historia no es ninguno de los extremos presentados como absolutos y oponentes: destino o azar, voluntad o sujeción. Como ocurre para cada hombre, el porvenir de la humanidad es una combinación, diríamos "artística", de causalidad y casualidad, de libertad y contingencia.

El pasado no ha muerto, desde que aún obra en el presente que avanza. No habrá repeticiones, pero no hay interrupciones. Siempre existe relación entre lo que es y lo que será. En el ayer está una porción que nos es ajena o que escapa a la conciencia. Pero hay otra, rica y generosa, a nuestra disposición. **Es lo que no fué y pudo haber sido.**

Del mismo modo, en el mañana vive latente una magnitud del acontecer que no dependerá de nuestro esfuerzo o nuestro deseo actuante. Pero hay otra, de extraordinarias posibilidades y a nuestro alcance: **es lo que podrá ser y será si lo queremos.**

La posición excepcional del hombre en el universo puede ser medida por el grado de libertad que merece por su cultura y conquista con su sacrificio, y para el logro de la cual aplica y desarrolla sus facultades creadoras. De igual manera la sociedad, un pueblo dado, vale de acuerdo a la escala de libertad, espiritual y material, por la que asciende en los pasos del tiempo. Libertad no es otra cosa que facultad para comprender y hacer su destino.

Ello reclama conocimiento, que es conciencia de los errores y aciertos de lo pasado; y voluntad, para la superación de las dificultades y obstáculos en el presente. Entonces, **de la parte lúcida de lo que pudo haber sido y no fué, la humanidad deduce normas para la etapa que no ha sido todavía, pero que podrá ser en nuevos y mejores moldes.**

¿Con qué se hará? ¿De qué modo, esa obra necesaria, ineludible, que llamamos "porvenir"? Nosotros decimos: como se encaran todas las empresas; con obreros capaces, resueltos y unidos en un plan En el pasado están los cimientos. Todo sillar que se asienta, cada pieza que se fabrica y pone en su lugar, no son ya presente, son pasado. Pero están ahí porque su concepción vivió antes como cosa por venir. Un plan nunca rígido, sino de grandes líneas maestras, es lo necesario. Un pueblo, como un hombre, deben ser conscientes del objeto de su vida. Así se favorece el cumplimiento de un destino de nación.

Vivir del presente y en el presente, es no tener libertad, ponerse al margen del progreso. Pensar lo por venir y disponerse a transformarlo en acción, es adelantar la conciencia de cada uno, o la nacional, hacia una nueva dirección del mundo cognoscible, de sentido tetradimensional, cuyo buceo es la mayor aventura del espíritu. Hemos llegado a dominar el espacio. Nadie puede negar la conquista del tiempo. Otra más profunda visión de los grandes hombres, política, científica o artística, nos asegura que la vida avanza delante de nosotros. Con la in-

tuición del porvenir, con el sentido del tiempo, el género humano será cada vez más libre y, en consecuencia, más feliz.

ARTIGAS: PARADIGMA DE LA HISTORIA

Pintado este lienzo, esbozada la perspectiva, pongamos en su sitio la figura central. Digamos: ¿cuál es la trascendencia de Artigas desde el punto de vista histórico? ¿Qué fué? ¿Qué nos dejó como norma? ¿En qué medida su legado nos compromete? Si tanto le debió en el pasado ¿qué podrá deberle el porvenir del Uruguay?

Para contestar preguntas como éstas es preciso, ante todo, rehacer la historia de Artigas, no sólo en su dimensión del acontecer, sino por el sentido de los acontecimientos, procurando hallar el orden y la lógica de su vida, el enlace y desarrollo de los sucesos en que fué actor principal, los móviles que lo impulsaron y que, traspasando nuestro presente, pueden aun servirnos de índice en lo voluntario y conveniente de nuestra marcha hacia el futuro.

Ante todo, afirmamos que no hay legado que pueda ceñir la vida del hijo. Para el Uruguay, el Padre de la Patria es el acicate de su libertad, nunca un dictador de su destino.

El pasado fué. Es decir: ya no podrá ser de idéntica manera.

Cuando hablamos de Artigas, de sus ideales políticos, está lejos de nosotros la pretensión de

volver sobre sus pasos. La palma de Gorgias se ofrece, no al que rehace la huella, sino al que adelanta su propio pie en la dirección de una verdad más lúcida. Estas son las palabras del gran iluminado: "Sean los pueblos libres y decidan de su suerte"; "Ofendería altamente a vuestro cáracter y al mío, vulnerando enormemente vuestros derechos sagrados, si yo pasase a resolver por mí una materia reservada sólo a vosotros".

En este maravilloso y fecundo estado de libertad en que nos deja Artigas, no reavivaremos las pasiones de otrora, ni veremos otros adversarios y amigos que aquellos que se opongan o favorezcan nuestra posición inquebrantable en el camino de la libertad, que es disminución de necesidades y acrecentamiento de virtudes. En esa tarea, a la vez pedagógica y constructiva, el historiógrafo debe esforzarse por separar lo que ya fué de lo que debe ser; lo que perteneció a su época de lo que tiene signo de eternidad y de infinito. Y ello se logra, con unos pocos golpes magistrales, desbrozando lo político de lo ético, los sucesos contingentes de los valores inmutables.

De tal suerte, si bien los procedimientos del prócer como estadista o estratega, en su vida privada y en la pública, cuando la fortuna o la desgracia, son y serán siempre admirables, lo que principalmente gravitará en nuestra existencia de nación es la actitud heroica en el acometimiento de la vida, la vocación de la libertad, el anhelo de justicia, el respeto de la persona humana, la constante

militancia por la cultura y el progreso, la conciliación de los ideales de confraternidad e independencia, la rectitud y abnegación en la conducta. Esto es Artigas y para siempre. Tal el paradigma que elevamos sobre el pedestal inconmovible de la patria, que fué de nuestros padres y que será de nuestros hijos.

FILOSOFIA DE LOS ACONTECIMIENTOS ESENCIALES

En historia, como en urbanística, no puede faltar el sentimiento de las grandes líneas. Por ello procuramos poner en relieve, sobre lo innumerable y lo intrascendente, a los hombres realmente superiores, a los magnos acontecimientos y sus causas de orden trascendental. Se podrá argüir que factores pequeños fueron a veces decisivos. Sí. Pero convengamos que intervinieron a modo de ínfimos contrapesos para desequilibrar y poner en juego los grandes sistemas de fuerzas que ya estaban en tensión.

ARTIGAS Y EL URUGUAY, FILOSOFICAMENTE GRANDES

El Uruguay es un país pequeño, en su espacio y en su economía. Pero al evolucionar la idea de la nacionalidad, antes limitada al modo de un compartimiento estanco, hacia la de familia de naciones de un mismo continente, una misma cultura y una misma ideología, es indudable que los intereses

y los riesgos comunes tienden a elevar también al plano de todos cuantos valores esenciales favorecen al conjunto. Hay tanta urgencia, por lo menos, en que la riqueza agropecuaria del Uruguay o el petróleo de Venezuela o el caucho del Brasil o la maquinaria de los Estados Unidos sean un bien de América unida, como que Artigas y Bolívar, San Martín y Rui Barbosa, Lincoln y Montalvo sean levantados al plinto de todo el Nuevo Mundo.

Entonces se verá como el padre de una patria chica, por la grandeza de sus ideales de libertador, demócrata y federalista, se agiganta a impulsos de un interés genérico, hasta volverse el inspirador, no ya de los pueblos de las antiguas provincias unidas del Plata, que eso fué ayer, sino de la hermandad ilimitable de las naciones de América, que eso puede y debe ser la realidad del mañana.



II

EL ESCENARIO, EL PROTAGONISTA Y SU PUEBLO

El Río de la Plata. - Orientales y Argentinos. - La Platania. - Esquema biográfico del Héroe. - El soldado de Artigas. - El primer gran caudillo del Río de la Plata.

EL HEROE

Si la filosofía de la Historia analiza la dirección y el ritmo de la libertad, cuya conquista es el fin de la sociedad humana; si ella estudia las causas que aceleraron o retardaron su proceso, voluntaria o forzadamente, ninguna figura histórica más propicia para iluminar el pasado y sugerir normas para el futuro de los pueblos del Río de la Plata, que la clara, bella y heroica de José Artigas.

ARTIGAS es uno de los más puros, clarividentes y auténticos héroes del Nuevo Mundo.

De él dijo el ilustre historiador Isidoro de María: "Fué la primera y la más prominente figura de nuestra revolución. Su vida pública y aun su vida íntima, debe ser objeto de interés para sus conciudadanos, de estudio para el político y el filósofo, para el historiador y el biógrafo, ya se le contemple en el pináculo de su grandeza, ora en el pedestal de la adversidad".

Es un astro que aparece, deslumbra en el cenit y se eclipsa, para reaparecer a cada gran hora de su pueblo, a la par de San Martín y Bolívar. Es hermano del mismo Wáshington. Porque no puede importarle a la ética que el paradigma de los libertadores americanos, para realizar su obra de justicia y libertad, haya tenido un pueblo tan inmenso como los Estados Unidos del Norte, mientras que el destino de Artigas fué idéntica causa en las Provincias Unidas del Sur. Ni si el uno tuvo la dicha de recoger el fruto de sus afanes en la unidad de una gran nación, en tanto que el otro los vió agostarse y morir en la anarquía de unos estados desunidos. En la balanza de la posteridad el mérito se justiprecia por la jerarquía del alma, la profundidad del pensamiento, el sentido de la acción, la magnitud del sacrificio. La calidad está sobre la cantidad. El espíritu, sobre la materia.

SU OBJETO: UNION E INDEPENDENCIA

EL RIO DE LA PLATA es una de las regiones más importantes de América.

Se trata de un territorio fluvial de unos cinco millones de kilómetros cuadrados, mayor

que todas las cuencas fluviales de Europa juntas y una de las más vastas y ricas del mundo. Abraza cuanto es hoy la República Oriental del Uruguay, se desborda de las provincias litorales argentinas y sus cabeceras se expanden, como rayos de un sol de ríos, al estado brasileño de Río Grande, las Misiones, el Paraguay, hasta Bolivia, Córdoba y la Pampa. Fué un dominio guaraní y luego español. Su importancia, desde todo punto de vista, dió motivo a rivalidades, conflictos y batallas entre las naciones más fuertes de la época, durante la conquista y colonización del Nuevo Mundo: España y Portugal.

Cuando se afirmó la independencia, dos ciudades: Buenos Aires y Montevideo, eran las dos puertas del Río. Madre e hija. Unidas fueron tan poderosas que rechazaron a varias expediciones de Portugal, dos de Inglaterra y conquistaron su libertad de España. Pero de la abuela hispana, junto con extraordinarias virtudes, aquéllas heredaron su fermento anárquico e individualista, de modo que ambos núcleos civilizadores no sumaron sus esfuerzos y grandiosas posibilidades; peor aún, se enfrentaron con una política de lo circunstancial y transitorio, con olvido de lo esencial y permanente, cual era la unión en la independencia y para la democracia, en una entidad naturalmente indivisible en lo étnico, lo histórico, lo económico, lo estratégico y lo cultural.

Artigas es el profeta, el apóstol y el mártir de esa unidad rioplatense. Es el Federalismo hecho car-

ne, pasión y sacrificio. Es el numen de los pueblos hermanos del Río. Todo su principismo se mueve entre estos cuatro puntos cardinales: libertad, unión, igualdad, cooperación.

Por eso Artigas es un héroe sin patria, en la expresión más justa de la palabra.

En vano los uruguayos pretenden encerrarlo entre sus fronteras, que agranda su doctrina. La obra, la política, los sentimientos y las ideas más fieles a la idiosincrasia de Artigas, cruzan los ríos del Río y se difunden hacia los pueblos sin excepción del antiguo virreinato y las viejas Provincias Unidas. Es lo mejor, lo original y característico de su genio, la esencia de su personalidad en tales signos rediviva.

Para rehacer su imagen sin deformarla o reducirla, es preciso ir a buscar inmensos girones de su alma entre los archivos, los museos, las bibliotecas, las tumbas de los pueblos limítrofes con la República del Uruguay. Para que ese símbolo palpite, es preciso concitar los innumerables recuerdos y leyendas del gauchaje, remover las cenizas de sus antiguos campamentos, atesorar los crecientes impulsos fraternales que fulguran y se apagan, sin desaparecer jamás, entre las grandes ciudades de una y otra orilla.

Si se quiere torcer esa verdad, si hay recelo de sus vastas proyecciones morales, si se pretende responder a intereses sospechosos de parcialidad, no se escriba la historia de Artigas. Todo lo que es grande sobrecoge más o menos, según nuestra verdadera estatura. Artigas, desde el solio de su in-



"Artigas en la Ciudadela de Montevideo" Oleo del *famoso artista* uruguayo *Juan Manuel Blanes*

mortalidad, no ha de variar la magnitud ni el fulgor de su bronce de acuerdo a la calidad de sus espectadores. Aun oculto por la incomprensión y la calumnia, se erguirá tarde o temprano sobre el horizonte de nuestras pampas, como esos ombúes gigantescos cuando la niebla se desvanece al levantarse el sol.

Defender o atacar a Artigas significa tanto como *decidirse a remover el fondo del sistema federalista*, del que fué precursor y paladín. A compulsar pasiones y prejuicios locales para juzgarlos con la lente de los valores ontológicos que recrean lo verdadero y destruyen lo falso. A derribar fingidos apóstoles para erigir en sus pedestales a otros auténticos héroes americanos. Someterse, también, al juicio de la obra de quienes supieron mantener la unidad de las Américas Inglesa y Portuguesa, aún al precio de la sangre, frente a los responsables de la existencia de los estados dispersos de América Española, retardando por ende la unible madurez del Nuevo Mundo. Y si luego de ese proceso histórico, jurídico, filosófico, resolvemos quedarnos con Artigas, ello nos impone una política de tal magnitud y trascendencia que será forzoso proclamarnos los soldados de una reconstrucción de la perdida hermandad hispano-americana, nunca opuesta a la continental para que sea artiguista, pero como condición necesaria a la existencia de una América unida para la Humanidad.

También Bolívar soñó el enlace de los pueblos afines en una Gran Colombia. Y Morazán se sacrificó por un integral de los países centro americanos.

Luperón y Martí defendieron la comunidad de las Antillas. Y San Martín estuvo a un paso de rehacer el Tahuantinsuyo, nombre incásico que significa "los estados unidos", cosiendo con espada libertadora los destinos de Cuyo, Chile, Perú, y aun Ecuador, deslumbrado por la originaria fraternidad de los Andes.

Pero el paladín de una gran armonía de todos los pueblos libres e independientes de las dos bandas del Río de la Plata, de la "orientalidad" y la "argentinidad", atadas por el fatalismo de sus aguas, de nuestra "anima parens", de la Platania, en fin, es Artigas.

LA PATRIA DE ARTIGAS

Cuando los adversarios del prócer en la Banda Oriental llaman a éste, con despecho, "el federalista argentino", tienen su parte de razón. Y sólo parte; porque su doctrina no fué exclusiva de éste o aquél pueblo, sino para todos los del virreinato primicial, siendo a su pesar que apenas uno de ellos haya conservado su sistema de gobierno. Pero, sí, es verdad que Artigas es demasiado grande para caber en el estrecho territorio a que quedó reducido el Uruguay y por la soberanía de cuyas antiguas fronteras batalló casi diez años. Es verdad que el artiguismo vive en la organización institucional del gran pueblo argentino. Cierto es que palpita el nombre de su primera victoria en las estrofas inmortales del himno argentino. No negamos que el símbolo excelso del escudo argentino: las manos enlazadas sosteniendo el gorro frígio, es el axioma gráfico de Artigas, su

principio de "unión" en la "libertad". No es posible ocultar que es el nombre de su estirpe, el de un Artigas, el grabado con signos indelebles en la Pirámide de Mayo. Nadie desconoce el coro de voces argentinas que día a día, desde las provincias fluviales, sostiene su defensa y entona su epinicio. Pero aún así, la esencia del ideario de Artigas no ha encontrado la forma que logre contenerla.

El vocablo "argento" es sinónimo de "plata". Pero el mundo platense no es sólo el argentino. La parte no puede tener el privilegio de nombrar al todo. Entonces, para dar una idea clara de esa entidad telúrica y topográfica, étnica e histórica, real e ideal de nuestros padres, nos fué menester hallar una palabra más justa, amplia, sugerente y evocadora: LA PLATANIA.

He ahí la verdadera patria de Artigas. El ilustre colombiano don Luis López de Mesa, en memorable discurso en el Senado de su noble país, dió esta definición de la patria: "Territorio que sustenta un grupo humano asociado en nación por tradiciones y aspiraciones comunes, en que entran los elementos de tierra, estirpe, sociedad, asociación nacional, economía, cultura y derrotero". Y esta entidad fué políticamente un hecho sobre toda la extensión geográfica definida por los más importantes ríos platenses, cuando los días extraordinarios de la famosa Liga Federal.

¡La Patria de Artigas! Él la recorrió al paso de su caballo y en todas direcciones. La defendió con su espada libertadora. La organizó con su genio insuperado. La llenó con su inmenso prestigio. La santi-

ficó con sus nobles ejemplos. Y aunque sus formas perecederas desaparecieron del enorme escenario en 1820, no se crea que ha muerto su expresión fundamental. Porque ella palpita y crece sin cesar desde una y otra banda de los ríos del Río. Es una suma interminable de recuerdos, de gestos vindicatorios, de homenajes de la palabra y el bronce. Más que signos de justicia hacia su gran sombra protectora, son prenuncios de su futura victoria en la unidad espiritual de sus amados hijos.

Porque Artigas es el numen de nuestra unión, hermanos uruguayos, argentinos, paraguayos, bolivianos y brasileños.

Brasileños, sí. A pesar de que Artigas fué el escudo de la herencia hispánica platense contra los ataques del imperialismo portugués de la época ¿no es hermoso interpretar que el Grito de Ipiranga, en su aliento más hondo, es como un "vade retro!" a esa vetusta política lusitana, clamor verdaderamente americano y que halla su eco más reciente en la caracola del mármol impoluto del monumento al Barón de Río Branco, erigido en la ciudad que fué cuna de Artigas? ¿No es un puente natural entre esas dos regiones madres, creadoras de pueblos, la Platania y la Amazonia, entre los gauchos de aquí y los de allá, ese gran Estado, oriental y platense que se llama Río Grande, cubierto de tumbas y tálamos y cunas de uruguayos y brasileños unidos?

Bolivianos también. Porque vino de la ciudad de la Plata, la inmortal Chuquisaca, el renombre de nuestro Río. De su universidad famosa bajó

la antorcha de Mayo en el puño de plata de Moreno, para encender al fin el corazón de Artigas. Y fué sobre la frente de plata del cerro Potosí donde Alvear y Díaz Vélez, delegados del Río de la Plata, fueron a pedir la espada de Bolívar para reivindicar a la cuna de Artigas, aherrojada con el último eslabón del imperialismo en América. ¿Y no selló ese acto memorable, tácita pero definitivamente, la justicia de la causa de Artigas, el máximo héroe de la platanidad, sobre el solio de argento de la naciente patria boliviana?

Paraguayos especialmente. "Mar del Paraguay" se llamó la parte del Atlántico donde el Río desemboca. "Río de la Plata" se nombraron una vez los cursos fluviales del Pilcomayo y el Paraguay. El vocablo "argentina" era, para quien la empleó inicialmente, el paraguayo Ruiz Díaz de Guzmán, toda la vasta región que va del Chaco al Gran Estuario. Buenos Aires y Asunción fueron los núcleos fundadores y capitales de casi todos los pueblos de las costas rioplatenses. Y quien bebe las aguas del Plata ¿negará que se difunden por su ser las esencias más íntimas de la naturaleza y el alma de la madre tierra guaraní?

¿Y qué decir, sobre todo, de la hermandad uruguayo-argentina, si cuatro siglos de historia común proclaman, por las bocas de sus grandes ríos, también comunes, que la identidad del pasado no es sino el prenuncio de un mismo porvenir espiritual?

Hubo un momento estelar para la Platania. Ella ostentaba cuantos atributos configuran la na-

ción: un territorio, una tradición, un jefe, un ideal, un estatuto, una ciudad capital, una bandera. Los historiadores llaman a esa realidad "el apogeo de Artigas". El gran poeta don Arturo Capdevila ubica de este modo su ordenada máxima: "El ensueño oriental conoció un instante de plenitud: aquel en que Córdoba se plegó al movimiento artiguista". Y Córdoba era nada menos que el centro físico y cultural, no sólo de la tierra argentina, sino de la América esencialmente austral.

No se puede hablar del Héroe sin evocar esa nación. Y sólo evocarla, por cuanto la menor idea oscura, la más pequeña causa de conflicto sería un torcedor despiadado que estrujaría las entrañas ideales del paladín de la fraternidad de los pueblos, ayer unidos por él y hoy separados contra su pensamiento. Y esa evocación debe tener el sentido más noble, para ser fiel a su doctrina, profundamente moral, de lección viva sobre los errores en que se dividieron ayer, para orientar la conducta que los estrechará mañana.

Ensayemos, así, la filosofía de nuestra historia rioplatense.

Descorrer el telón de mucho más de un siglo, que oculta del espectador actual la acción culminante de Artigas en el escenario magnífico de la Platania, será como representar a sus ojos una tragedia griega. ¿Dónde está, decid, ese nuevo Esquilo, capaz de animar con épica grandeza este inmenso drama de una nación y un héroe espiritualmente redivivos?

LA PLATANIA

LA PLATANIA se desarrolla como un abanico de ríos, cuyo eje, perfectamente orientado, es el enorme Paraná.

Esa entidad geográfica fué descubierta, conquistada y colonizada por España. Uno de sus procónsules ilustres, don Pedro de Mendoza, levantó la hoy ciudad de Buenos Aires como baluarte de soberanía sobre la costa occidental del estuario, correspondiendo al subordinado, capitán Juan de Ayolas, erigir el asiento de Asunción, en el otro extremo de la línea magnética platense. Estamos en 1536.

La orilla oriental no guardó menos testimonios del derecho español. Veinte años antes la sangre de Juan Díaz de Solís rubricó sus pergaminos de arena y granito. Guarniciones de Gaboto y Ortiz de Zárate se apostaron en la costa. Y Hernandarias creó su codiciada riqueza ganadera.

Pero Portugal miraba hacia el Plata y era su ambición anexar al Brasil, su colonia, la Banda Oriental del Río. Varias campañas, cuidadosamente preparadas, lanzó en procura de un baluarte frente a Buenos Aires, en la región de San Gabriel, a ocho leguas apenas de la ciudadela hispana, engallada de justa indignación. En 1680 funda allí la Colonia del Sacramento. En 1723 está sobre el mejor puerto del Plata, en Montevideo. En 1735 se enseñorea en San Miguel, extremo de la región lacustre sobre el Atlántico. En 1761 domina el camino estratégico de la Angostura, de entrada a la boca del Plata, con su fortaleza Santa Teresa.

Toda esta invasión lusitana por tierra, con sus expediciones navales combinadas; todo ese fortificar la costa del oriente del Río, promovió, fatalmente y en cada caso, una reacción militar y otra reacción diplomática. La parte guerrera fué hazaña de los vecinos del Río, españoles y criollos. En las batallas, a pesar del denuedo del adversario, siempre lo vencimos. En las lides del derecho, no obstante nuestra justicia, ellos siempre resultaron triunfadores.

Las acometidas no fueron invariablemente de soldados. Para mayor desgracia ocurrieron tremendas incursiones bárbaras, como las que iniciaron los "mamelucos" a principios del siglo XVI quienes, provenientes de San Pablo, arrasaron Villa Rica y otros pueblos del Paraguay. Un siglo más tarde corresponderá al blandengue José Artigas defender la frontera de Río Grande de poderosas bandas de asalto a las haciendas del territorio del Plata.

Hay un hecho fundamental en estas penosas evocaciones. ¿De dónde salía toda esta fuerza de protección del Río paterno? Dígase que eran hombres de Buenos Aires, Santa Fe, Corrientes, Paraná, Tucumán. Y aun las Misiones del Paraguay daban miles de soldados guaraníes, instruídos por los Jesuitas, que blandían alternativamente la cruz y la espada. El Alto Perú fué pródigo de su plata en apoyo de tan justas empresas. Todo el mundo indo-español y rioplatense se concentraba, descendiendo a lo largo de los grandes ríos de la patria: el Uruguay y el Paraná. Nacía la conciencia de la Platania.

Y tanto avanzaron los portugueses sobre el dominio español del Amazonas y el Plata, que el Brasil original había triplicado su territorio en 1751. Dos conductas traducen dos temperamentos. Mientras que Portugal tuvo un fin concreto de conquista y encauzó para lograrlo su extraordinaria habilidad diplomática, verdadero privilegio racial, la negligente o confiada España tomó conocimiento tardío y confuso, oponiendo una defensiva ineficaz, a tal expansión en su perjuicio. De aquel lado, gobernadores y capitanes concurrían a satisfacer los objetivos de un plan. De éste, hubo desinteligencia entre la metrópoli y su colonia. España se mantenía siempre en actitud de protección. Portugal, en el ataque. Y tres fuerzas sumaron sin pausa sus eficaces vectores en pro del segundo: la penetración de su lengua, el desplazamiento de su economía y la invasión armada.

Al surgir Montevideo como avanzada de Buenos Aires en la soberanía platense sobre su banda oriental, ya apareció, más ancho que el Río que alejaba las dos ciudades de un mismo origen, el carácter español, en lo que tiene de inconforme y separatista. Fué a pesar de las muchas y extraordinarias virtudes primigenias. O precisamente por su exceso. Pronto las dos llaves del Río alentaron en su seno los gérmenes de una desinteligencia infausta; lo que no impedía que acudiesen juntas a los nobles llamados de la sangre y el destino.

Ese contínuo rivalizar en las lides internas y ese concurrir abrazados sobre el peligro común, al repetirse con la pertinacia de una ley histórica, ha

terminado por dar, a estadistas y filósofos, confianza en las desinteligencias de la paz y fe en la conducta orientadora de las grandes pruebas. Es así que, cuando las otras dos poderosas naciones que conquistaron América, Portugal e Inglaterra, invadieron el Plata para arrebatar a España una o ambas hojas de la gran puerta marítima y estratégica del Atlántico Sur, las dos pudieron salvarse por el natural ejercicio de la fraternidad. Siempre la dominación sobre la úna duró el tiempo exacto que demoró la otra en ofrecerle su comprensión y darle su fuerza.

Con el progreso de ambas fué justo crear un virreinato platense, separándolo del andino y peruano. Es natural que el Río se aparte de la Montaña a medida que crece. Y en la hora de la Independencia todavía éramos las Provincias Unidas del Plata. La mitad de sus pueblos respondían a la influencia vital de Buenos Aires. Pero los fluviales, los más "argentinos" por tanto, en su sentido de platanidad, miraban hacia Montevideo, bajo la sugestión del más notable de sus hijos: José Artigas.

En el reverso de la medalla, esa rivalidad es el "fatum" de la tragedia artiguista y causa de su desenlace con el fin de la Platania. Tal funesta emulación sirvió de estímulo y —¡horror!— al decir de muchos historiadores, también instigó las invasiones portuguesas de 1811 y 1816. Así cayó Artigas, herido en el corazón por sus propios hermanos y compañeros de armas de las luchas contra el inglés y en las lides de la Revolución de Mayo.

Pero no cayó de rodillas. Tendido cara al sol, bajo el huracán de su desgracia, sostuvo siempre en alto la bandera de sus famosos principios éticos y democráticos. Hoy, sus hijos, bendecimos tanta energía, tamaña grandeza moral, ya que para mantener el renombre de la patria, todavía en ésta edad de tremendos conflictos ideológicos, nos basta con seguir empuñando ese mismo pendón de libertad y justicia. Además, nuestro héroe no podía escapar a lo que llamara Rodó "la expiación de la grandeza". El suyo fué el destino de todos los libertadores de América. Derribado él, esta Banda Oriental de la Platania, con su capital Montevideo, pasó a integrar el territorio colonial del Brasil con el sugestivo nombre de **Provincia Cisplatina.** ¿Tánto por lo que debió al "cisma" con Buenos Aires, como a la "plata" que antes fué soldadura y amalgama de pueblos?

En ese desdichado momento Artigas era ilustre pero temido prisionero del Paraguay, gobernado por nuevos separatistas de la unidad originaria. Nada podía hacer por sus manos. Pero allá habían quedado las simientes de sus ideales, regadas por la sangre de pueblos agotados, pero jamás vencidos. Y la obra de la reconquista de la orientalidad del Plata, en 1825, fué la insuperada epopeya de los tenientes de Artigas. Pronto la Banda occidental corrió a la liza. Los días de glorioso sacrificio coronados en Ituzaingó, nos enlazaron como en los fastos pretéritos. Antes habíamos ganado los laureles de Rincón y Sarandí; después, la palma de las Misiones; sólo orientales en el campo de ba-

talla, pero acompañados por el aliento de la otra orilla. La Platania renació con el ímpetu de los combates. Pero en seguida llegó, con la paz, la hora de los tratados; y las hijas de España fueron otra vez abatidas en las justas de la diplomacia, en el principio artiguista de su unión, separándose definitivamente las dos bandas del Río en entidades políticas sin nexo, triunfando así el interés del hijo de Portugal y la voluntad del representante de Inglaterra.

Y véase lo extraordinario. Aun vencido Artigas y prisionero entre las rejas de verdura de la selva guaraní, en manos de Francia, que personificaba el individualismo español, el gran federalista seguía espiritualmente victorioso. Porque con su sola presencia en lares paraguayos se estaba creando, por su influjo, el más apretado lazo que pudo atar a dos pueblos, a uno y otro extremo de la Platania. Pero vino la guerra al Paraguay; y aunque, ilusos, otros pueblos platenses creyeron haberla ganado, en realidad despedazamos la unidad originaria, herimos el ideario de Artigas y causamos tremendo dolor a la entraña eternamente viva de nuestra patria platense.

Sin embargo, cada vez que una profunda conmoción amenaza la libertad, hiere el sentimiento, tortura la carne de una u otra banda del Río, que Montevideo y Buenos Aires representan con honor, se produce en la otra la resonancia cónsona, lo que en la física es ya vibración simultánea de cuerdas, ya explosión simpática de inflamables, que sólo ocurre con los cuerpos concer-

tados y afines. Cifra y signo de una perduración esencialmente espiritual de la patria de Artigas.

En pocas palabras, José Artigas fué el brazo del corazón para los pueblos del Plata en las luchas de la independencia; y el cerebro más lúcido en la empresa de estructurar para su felicidad, las más progresistas y democráticas instituciones.

Y aquí se impone una aclaración terminante: los aliados de Artigas, quienes le honraron con el bello título de Protector, fueron **pueblos**, multitudes ansiosas de ser libres. En cambio, sus enemigos fueron **gobiernos**, ávidos de poder y dominación. Fué aquella una lucha de principios, de regímenes, de ideologías en pugna. No España, ni Portugal, ni Brasil, ni Buenos Aires. La masa de sus hombres nunca abrigó el más pequeño impulso de venganza por lo que Artigas era o representaba. Fueron los antagonismos institucionales, la inercia monárquica e imperialista, el furor del caudillismo ensoberbecido, las fuerzas creadoras de nuestras patrias, a las que Artigas procuró encauzar con diques de razón y justicia. No se culpe a nadie y, mejor, no se cultiven rencores por toda esa guerra al precursor de nuestras libertades. En la infancia casi ignara y muchas veces bárbara, de la que salían los pueblos como de un letargo, aquel Artigas, aquel titán republicano, democrático, federalista, romántico, culto e incorruptible, debió parecer hasta monstruoso y armado de peligros al ver de materialistas, conservadores y déspotas. ¿No nos dañaría el mismo sol, si apareciese de súbito en mitad de la noche?

Y ved esta importante constatación histórica: toda indebida conducta trae, en sí, el germen de lo que habrá de oponérsele. El sistemático avance del portugués en el Plata fué el origen del artiguismo, rodela de su contención en las bandas fluviales pacientes; como es artiguismo toda reacción fraternal contra tan injusta política de parte de los auténticos americanos del Brasil. Por cuanto no es **americano** el concepto de la frontera - ambición y la frontera - prevención; y sí lo es el de la frontera - unión. Por eso América resulta ser un gran concierto de naciones en el que palpita, en espíritu y actitud, el ideario de Artigas.

ASCENDENCIA DE ARTIGAS

En 1726, al fundar el gobernador de Buenos Aires, don Bruno Mauricio de Zabala, el baluarte de Montevideo, entre los primeros pobladores voluntarios que trae de la otra orilla, figura un español, mitad soldado, mitad colono, dualidad bien sugestiva. Se llama don Juan Antonio Artigas. La etimología no podía serle más auspiciosa. La "artiga" no expresa una simple roturación del suelo. "Artigar" es, además de romper el terreno virgen, quemar antes la broza y dejarlo pronto para la siembra. El vocablo "arte", de **ars, tis,** vale como "disciplina", "habilidad", "industria", "conocimiento". Unamos ambas expresiones y observemos que gravita sobre el nombre del héroe el sentido de una aptitud y un esfuerzo para volver el erial en tierra de provecho...

Algún signo de superioridad, natural e irreprimible, mostraba el hidalgo, cuando un varón como Zabala lo nombró Alcalde del primer Cabildo y, después, Capitán de los coraceros que montaban guardia en la erguida ciudadela. Los hijos de este Artigas eran todos bonaerenses. Y cuando llevaba ya ocho años de residencia y podía juzgarse cumplida su noble misión genitora, la esposa patricia, doña Ignacia Xaviera Carrasco, le da el benjamín: Martín José, un **oriental**, quien ha de merecer, a su tiempo, los mismos cargos y honores que su padre español.

De este criollo vino el prócer máximo del Río de la Plata, la encarnación del genio de su estirpe, el llamado a desbrozar una tierra noble, pero inculta, de la maraña de servidumbre e incivilidad que la oprimía.

Vale decir, que el primer Artigas, el que trajo de la orilla occidental a la oriental del Río su simiente predestinada, vino como fundador del baluarte que fué base de la nacionalidad uruguaya y destinado a la contención de las invasiones lusitanas. Ya veremos en qué circunstancias el mismo pertinaz invasor determinará la carrera gloriosa del ilustre nieto, en cuya vida se confunden las hazañas de la epopeya con los martirios de la tragedia.

Dice la correspondiente partida de bautismo de la Iglesia Matriz:

"El día 19 de junio de 1764, nació José Ger-
" vasio, hijo legítimo de don Martín José Artigas
" y doña Francisca Antonia Arnal, vecinos de
" esta ciudad de Montevideo; y yo, el doctor Pedro

" García, lo bauticé, puse óleo y crisma en la Igle-
" sia Parroquial de dicha ciudad, el 21 del expre-
" sado mes. Fué su padrino el doctor Nicolás Za-
" mora." Aclaremos que Francisca Antonia Pascual Rodríguez es el verdadero nombre de la madre del prócer.

EL HEROE CRIOLLO

José Artigas, como luce en todos los documentos con su firma, se educó en el convento de los padres franciscanos, recibiendo la mayor ilustración y cultura que podía proporcionar la colonia a los hijos de las familias social y económicamente más encumbradas.

Tales enseñanzas, lógicamente incompletas, pero sin lo libresco y excesivo de hoy, no obstaban el desarrollo de la personalidad. En una etapa de transición entre dos épocas, dos concepciones distintas de la vida, dos regímenes trascendentales y en pugna, contrastaban en las colonias de América: el espíritu conservador y el aliento revolucionario. Hasta en el ambiente familiar ello daba motivo al permanente conflicto creador. Era como una resonancia de la Declaración de la Independencia de los Estados Americanos del Norte, producida el 4 de julio de 1776, y la de los Derechos del Hombre y el Ciudadano, en la Convención Nacional Francesa de 1793. Pero la más honda palpitación nos venía del propio seno de España, todavía señera en los destinos del mundo, como una inquietud reformadora de las instituciones, con su proyección natural hacia sus hijos de América.

Ese eco tuvo por acá dos clases de intérpretes. La de los españoles liberales, unidos a los americanos educados en España; y la otra, totalmente criolla. Sus diferencias habrían de manifestarse en la misma Junta de Mayo y dar origen a rivalidades y enconos. Entre aquéllos primará el atavismo, ya como intento a no desligarse de la metrópoli, ora en el sueño de mantener en estos lares el régimen monárquico. Para tales revolucionarios el problema era de libertad y no de independencia; un poder comerciar sin dictaduras, un derecho de aspiración a los cargos públicos y otros privilegios del español. Era más una conquista de bienes positivos que de satisfacciones idealistas.

Artigas, en cambio, fué el arquetipo del criollismo, del americano de pura cepa. En él hallaron su asta más digna todos los lábaros espirituales, románticos y verdaderamente nuevos de un gran pueblo en su hora capital. Él simbolizó juntas la Libertad y la Independencia en el Río de la Plata.

Hubo otros eminentes varones, pero nunca tan completos como Artigas. Moreno centralizó y sostuvo con dignidad y valor la idea de la independencia, mas no alcanzó a vislumbrar un sistema que pudiese impedir, con la rotura del nexo en España, aquélla de la unidad en América. Todavía admiramos sus radiosas ideas desde las páginas de "La Gaceta". Empero, cegado por una pasión solar, probó en Cabeza de Tigre, haciendo ajusticiar a hombres beneméritos como Liniers, que era pasible de exaltación inmisericorde. ¡Y

hemos oído al verbo de Mayo! Otros llegarán mucho más tarde y actuarán con menos apremio. Querrán mantener en América los privilegios de la Monarquía. Pero sobre sus inmensas virtudes y omitiendo las excusables fallas que los hicieron incompletos, está el sentido esencial de nuestra filosofía rioplatense: **no fueron héroes del Río de la Plata**, cuya madre lo es de nuestros pueblos. Hubo, también, exponentes de vigorosa personalidad en varias de sus expresiones preponderantes: el caudillo, el militar, el tribuno. Y ahí están los Güemes, los Balcarce, los miembros de la Junta. Artigas es todo eso a la vez. Los más se solevantan y ensoberbecen contra España. Artigas es el intérprete de una revolución ante el mundo.

Viene de familia patricia, en situación social, económica y políticamente espectable. Es hijo de un criollo, soldado y civilizador. Nació, creció, se educó y actuó, siempre, junto a los cursos de la Platania. Montevideo, Río Grande, Corrientes, Asunción, los puntos cardinales del Río, conocen sus empresas. No amó la vida artificiosa de la Ciudad. Rehusó el gobierno y el fastigio. Prefirió la Campaña, el mando del ejército de la libertad, la sencillez del gauchaje, la austeridad espartana en las costumbres. Bolívar y San Martín sintieron la pasión de las montañas; fueron cóndores de los Andes. Artigas fué el águila de las pampas, y sus plintos dilectos fueron las más erguidas barrancas del Paraná y el Uruguay, los dos brazos del Plata.

SOLDADO DE LA LIBERTAD

Es el 25 de Mayo de 1810.

Todas las naciones hoy políticamente separadas, pero tributarias del Río, tienen ascendencia de Mayo. El Grito de Mayo es una gloria rioplatense. De la capital del virreinato del Río irradiaron los lampos de libertad hacia todos los horizontes de la enorme cuenca. La idea de Moreno subió con Balcarce hasta el Alto Perú, hoy Bolivia; y con Belgrano hasta el Paraguay. Pero todo ese ímpetu revolucionario no abarcó sino la Banda Occidental de las pampas de agua y limo. Era menester asegurar la otra, la Oriental, de pampas de granito, enérgicamente sometida bajo el virrey Elío. En su investidura se centralizan ahora las potestades de la metrópoli, allá en plena crisis ante la espada de Napoleón. Y era Montevideo, "la muy fiel y reconquistadora" cuando la invasión del inglés, su fortaleza segura e imponente. Las guarniciones en Colonia, San José, Canelones y Maldonado, formaban como un arco de seguridad sobre la cuerda tensa del estuario. La flecha reaccionaria, en el puño del Cerro de Montevideo, apuntaba originalmente hacia el amenazador dominio de Portugal, pero en esa gran hora había cambiado de sentido, y amenazaba al corazón de Mayo. Se hacía necesario el hombre capaz de arrancar al valiente español su arma cada día más inquietante. La Junta Revolucionaria no tuvo peligro mayor, en calidad, en fuerza y en cercanía, todo a la vez. Ese hombre

llegó como llovido del cielo. Era de los creadores del famoso regimiento de Blandengues, destinado a la garantía del orden interior y la seguridad de la frontera y su actuación en el cuerpo había merecido los mayores elogios por su probidad y rectitud, alcanzando el grado de capitán y el cargo de ayudante mayor, la dignidad suprema a que podía aspirar quien no fuera español de nacimiento. Cuando las invasiones inglesas se desempeñó con gran brillo en la otra margen, en la defensa de Buenos Aires, y en ésta, en la de Montevideo. Émulo del teniente de Maratón, estuvo a punto de perecer trayendo a la Banda Oriental la noticia de la victoria sobre los invasores. Ese oficial, que ostentaba la máxima jerarquía criolla, que integraba el cuadro de brillantes militares de uno de los regimientos mejores de España en lares del Río, que de la seguridad buscaba la aventura, que del suelo de sus padres corría al servicio del de sus hermanos por la causa de la libertad americana; ese lírico, ese patriota, ese oriental, es José Artigas.

Ha llegado el momento en que va a entrar Artigas en la escena del procerato.

Hasta entonces su vida había transcurrido sin mayor oportunidad para el relieve de su genio. Sus primeros años, hasta la juventud, los pasó bajo la égida de sus padres y preceptores, ya en la "azotea de los Artigas", en el Sauce, hoy monumento nacional y meta de peregrinaciones patrióticas; ya en las aulas de Montevideo, con la mocedad dorada de la época.

Su probada cultura quita valor a la ligereza de quien quiso ver en el ideario del prócer la influencia de los brillantes secretarios que tuvo el mérito de elegir. No. La exquisita espiritualidad, el hondo pensamiento, el inflamado estilo, la socrática conducta fueron atributos propios, eminentes e inmutables de Artigas, cualquiera fuese el curso de su fortuna. De modo que, mientras sus colaboradores fueron distintos en el correr de los años y en el mudar de los acontecimientos, las ideas y las actitudes de Artigas se mantienen constantes, inconmovibles, impolutas. Y su voz seguirá pregonando, con el mismo énfasis original, romántico y tribunicio que caracteriza a los más grandes varones de la Independencia Americana, hasta el umbral del ostracismo. Siempre alta resonará esa voz, que cien pueblos escuchan, desde que pisa el solio de la Junta de Mayo y promete a sus prohombres encender en el oriente la antorcha de la libertad, hasta que enmudece a la orilla del alto Paraná en 1820.

Todavía seguirá vivo treinta años, siempre mudo hasta la hora de morir, en 1850. Ya interpretaremos el sentido trascendental de su silencio. ¿Silencio? No. Como esos ríos que desaparecen de golpe, pero para seguir corriendo torrenciales bajo la superficie mudable de la tierra, y reaparecer más lejos, más impetuosos, sonoros y cargados de potencias vivificantes, también el acento de Artigas, depurado en los filtros del tiempo y enriquecido con el alma más recóndita de nuestro suelo, brota hoy como trompeta de plata, en una diana de victoria que no se apagará ya nunca.

CULTURA DE ARTIGAS

Dígase bien claro que Artigas tuvo aficiones literarias, como lo aseguran sus mejores biógrafos y lo muestran sus admirables cartas, muchos de cuyos pensamientos merecen la calificación de poemas, tanto por la belleza de la forma como por la profundidad y sugestión del concepto. Palpitaban en su alma y a la vez, un poeta y un filósofo. Eso es virtud de nuestra estirpe, en la que el verdadero soldado no es el bárbaro agresor, sino el escudo de la cultura de un pueblo. En nuestros orígenes helenos, Esquilo es al tiempo que padre de la Tragedia, el gladio de los libres de Maratón. Cuando el apogeo de la latinidad, Marco Aurelio concilió la austeridad del mando con el grácil ejercicio de la filosofía. En la vieja España, Garcilaso creó, entre combate y combate, la nueva poética castellana; mientras que Cervantes, héroe en Lepanto, fundaba con el Quijote la arquitectura y el espíritu de nuestra lengua. Aquí, en América, Ercilla esgrimió la pluma de La Araucania con la misma noble mano que blandía la espada civilizadora. Y Bolívar primero y Martí después, fueron tan esenciales poetas como extraordinarios libertadores.

De igual modo y digno heredero de semejante raza, Artigas vivió como lo quería su nombre, librando la frondosidad de la palabra de confusión y aspereza, para que resaltase dignamente la calidad de su mensaje creador; artigando el terreno virgen de la patria en procura de una siembra de grandes principios y conmovedores ideales. Vedlo así, en

trance de inspiración sostenida, de suerte que sus proyectos, sus epístolas y sus sentencias traducen y armonizan el substrato de la cultura adquirida y el atuendo de su natural y fecundante lirismo.

En la etapa que padecemos, cruel y materialista, descreída e interesada desde muchos puntos de ver, resulta propósito difícil interpretar cabalmente a estos seres de excepción, imaginativos y fervorosos, creadores e idealistas, de cuya madera de recio corazón y delicado perfume se han tallado en los siglos, por el escoplo de la divinidad, los más bellos arquetipos humanos: héroes y mártires, artistas y profetas.

Se cumplió con Artigas esa relación cabal entre espíritu y sustancia, de la flor a su aroma. Si el alma era grande, el continente era hermoso.

Las descripciones que nos hacen cronistas contemporáneos suyos, americanos y europeos, coinciden en afirmar la prestancia varonil de Artigas. Ni magro, pequeño y cetrino como Bolívar; ni corpulento y reposado como San Martín. Era el tipo ideal del hombre caucásico; de estatura mediana, cuerpo esbelto, porte gentil, actitudes elegantes y movimientos enérgicos y seguros. Lo notable era su cabeza, coronada de una cabellera nutrida, en ondas color castaño con reflejos de oro. Solamente las patillas limitaban el despejo del ovalado rostro, en el que se destacaban la frente ancha, los dulces ojos azules, la curvada nariz, la boca sensual y el mentón voluntarioso. El sol y el pampero habían bronceado su tez. Las largas y abundantes cejas, separadas por dos arrugas verticales y sobre aquel pico

y junto a aquel azul, eran como las dos alas de un águila revolando sin tregua; como si su propio pensamiento caudal se hubiese objetivado en un símbolo elocuente de potencia, majestad y elevación.

Así como Bolívar, sin ser un llanero, llegó a hacerse adorar por aquellos tremendos varones de los llanos de Venezuela, también Artigas, sin ser un gaucho, fué el ídolo del gauchaje de las pampas rioplatenses. Ambos son exponentes del criollismo americano. Así lo señala el General Vedia: "Le vi por primera vez en una estancia a orillas del Bacacay, circundado de muchos mozos alucinados." Y para que ello fuese posible, en medio de tan bravos hombres y naturaleza, se necesitaba ser un exponente de templado carácter, temerario valor, adaptación al medio, amor a la libertad, únicos títulos valederos al prestigio entre las inmensas llanuras fluviales del Río de cien ríos.

"Hablaba quedo y pausado" —afirma el sabio Larrañaga. Puesta en sus manos, primero la suerte de los intereses familiares y más tarde la de su pueblo, el sentido de la responsabilidad le puso un tono grave en la voz y en el gesto, adelantados como centinelas de la emoción y el pensamiento. Con el crecer involuntario de su autoridad, se fué haciendo más reflexivo, austero y solemne. Es privilegio de América. Todos sus eminentes soldados culminaron en apóstoles.

Al cabo de sus estudios, aquel hijo y nieto de capitanes sintió nítidamente vocación por las armas. Fué como una adivinación de la gran hora que venía. Su poderoso instinto se anticipaba al llamado de la acción. Y, todavía: urgido por esos deberes

menudos que suelen mutilar las inclinaciones débiles y que son, empero, acicate de las resoluciones profundas, trocó las horas tranquilas de su educación y afanes en Montevideo por las azarosas en la Campaña, a objeto de proveer de frutos la barraca de comercio paterna, ubicada a la vera de los muelles. Según Cicerón, más que en el pensamiento "es en la acción que la virtud se destaca".

EL HIJO DE MONTEVIDEO Y LA CAMPAÑA DEL PLATA

Fué desde entonces para Artigas, un ir y venir de a caballo sobre la dilatada desolación de las llanuras y extensiones apenas onduladas, a veces fragosas, atravesada de cursos y pantanos de los innumerables tributarios del gran Río, hasta las más remotas cabeceras del Plata: las Misiones lindantes con el Paraguay, el Río Grande que penetra en el Brasil, la extensa Mesopotamia Argentina. Y era el foco y el centro de sus afanes y sus caminos, ese Montevideo colonial y cada vez más crecido de individualidad y poder, el mejor puerto de toda la Platania, rival ahora del mismo Buenos Aires en el comercio de los productos rioplatenses. Pero si las ciudades no unían, la Campaña enlazaba con los tientos trenzados por las huellas de las carretas cargadas de lana, cuero, tasajo, yerba, tabaco, caña. Se comprende de todo este constante salir y volver a Montevideo, que en el cenit de su carrera militar y política, hubiese Artigas soñado que ninguna otra Ciudad merecía, como su cuna, el honor

de ser la capital de unos Estados Unidos del Río de la Plata. Por cuanto para él resultaba ser tan magno puerto y baluarte, el nexo de todas las provincias de la platanidad; algo así como su propio peregrinaje plasmando naturalmente en una concepción política: el federalismo.

¿Y qué otra cosa debe ser la capital en su esencia, si no foco de irradiación de la cultura y centro de conjunción de la riqueza? Aquí había nacido y palpitaba lo más suyo: sus padres, su hogar. Sin embargo allá estaban sus amigos, sus admiradores, todos los pueblos que recorría y amaba. De esta suerte, entre tales vínculos, sobre el bloque de un temperamento tan singular, se iba conformando la fisonomía procera, a los golpes de un buril providencial.

Aquel trabajo que se dijera oscuro, vulgar y rutinario, de comunicación constante entre el culto ciudadano y los estancieros que dominaban con los bastiones de sus fuertes viviendas las ondulaciones y arterias del corazón platense; ese contínuo reconocer parajes, cruzar vados, asimilar costumbres e interpretar aspiraciones; este familiarizarse con las ventajas o las dificultades de los ríos, las barrancas de sus costas, los abrigos de sus montes y serranías; el permanente justipreciar recursos de unas y otras comarcas, tuvo necesariamente honda trascendencia en su calidad de Caudillo. Si Montevideo forjó en Artigas el hombre de pensamiento, la Platania lo templó para la eficacia de la acción. La época lo hará el hombre de la libertad. He aquí la bella trinidad de su destino.

ARTIGAS Y SAN MARTIN

San Martín quiso, supo y pudo ser un General. El Ejército es unidad compleja, armónica, proporcionada y cabal de fuerzas morales, intelectuales y materiales, obedeciendo al vértice de una voluntad en la pirámide jerárquica. Portento de ciencia, carácter, método para volver homogéneo lo distinto, para poner orden en el caos, para encerrar lo multiforme en lo uniforme, para someter las individualidades en la personalidad del todo. Milagro de la instrucción y la disciplina. Creado ese prodigio, es menester conducir el vector resultante de cuantas fuerzas lo integran, animarlo con la aceleración de un ideal, aplicarlo en el punto decisivo, en el momento oportuno y desde una dirección conveniente. Organizado con ciencia, debe ser empleado con arte. La destrucción del ejército enemigo es su exclusiva finalidad. En ello se juega el honor, la libertad y la vida de la patria.

La gloria de San Martín fué crear el famoso Ejército de los Andes, cruzar con él la Cordillera, aplicarlo en las victorias inmortales de Chacabuco y Maipú, conquistar así la libertad de Chile y remontarse, en vuelo condorino de sus lábaros, al Perú y aun hasta el Ecuador, en un grandioso sueño emancipador para todos los pueblos hermanos del Pacífico.

San Martín, formado en el ejército español, fué paradigma del soldado perfecto. Se hizo veterano en las campañas de la metrópoli cuando todavía era maestra del mundo. El personificó el método. Tuvo

los medios. Tuvo el tiempo. Tuvo el espacio. Y tuvo el genio militar.

Artigas fué otra cosa y le correspondió otro mundo. No primaba en él la condición militar, sino el genio político. Vistió el uniforme, pero no porque fuese apasionadamente soldado, sino porque el empleo de la fuerza organizada era el único modo de imponer el orden en aquella campaña casi desierta, asolada por el indio bravo y el matrero; después, para emanciparla toda unida de la injusta dictadura de Europa. Fué militar, antes para garantir **el orden**, luego para conquistar la **independencia**, en seguida para mantener **la unidad**. No hizo escuela de las armas, pero sí de los pricipios. Falto de medios y de tiempo, debió lanzarse de súbito a la batalla, urgido por la angustia de los patriotas de Mayo.

Sin menoscabo de la gloria ajena, su situación especial sirve para medir la calidad de su gloria. La aptitud de los escuadrones de Blandengues, en cuyo regimiento se nutrió de nociones bélicas, no pudieron ser extendidas a las masas de campesinos que se agruparon alrededor de su bandera. Pelearon con él y por él los arquetipos de la platanidad: el Gaucho y el Indio de las llanuras. Y a veces toda la gleba de sus pueblos en marcha lo siguió como a un profeta, en el pintoresco y conmovedor desorden que correspondía a la desesperación de la hora. Y los acontecimientos aciagos le impusieron la guerra de recursos, el batallar sin reposo con fuerzas heterogéneas e improvisadas, contra ejércitos regulares y poderosos. Y será en uno de esos momentos críticos que proclamará su preferencia de "unos pocos

hombres, para sujetarlos en los regimientos", y no esa bandada, típica y caótica, que se llamó la Montonera. Pero acosado hasta el fin por enemigos concurrentes y desde todas direcciones, no tendrá más esperanza de resistirlos que penetrando en las selvas del Paraguay, sea para excitar el apoyo de sus antiguos aliados, tal vez a improvisar con indios guaraníes las últimas armas de la Independencia agonizante. Mas los brazos de esas selvas lo aprisionarán para siempre.

Ya con piedra de los Andes o con limo del Plata, lo sublime radica en el pensamiento creador. El Paso de los Andes y el Exodo del Pueblo Oriental son igualmente páginas de oro de la epopeya de América. Con Bolívar, los tres quijotes van a la jineta delante del pueblo que les cupo en suerte; y los tres, desde puntos distintos: los Andes, la Platania y la Orinocia, han de encontrarse para fraternizar bajo el Panteón de nuestras máximas glorias.

EL SOLDADO DE ARTIGAS

¿Cuál fué el soldado de Artigas?

Aquel Gaucho. Aquel Indio.

El Gaucho conoció a Artigas en los rodeos, en las yerras, en las domas; por las haciendas y los saladeros. Se cruzó con él al paso de las tropas de vacunos, lanares y yeguadas; en las correrías a los bandoleros y contrabandistas sobre la frontera donde Artigas fué el custodio querido y respetado por los hombres de bien. Sus manos muy blancas estre-

chan fraternalmente las manos más oscuras, recibiendo con idéntica gratitud el mate dulce de las paisanas y el amargo de los graves varones melenudos. En nuestras tierras y entre americanos no trascendió la diferencia de raza como problema social. Hay gauchos rubios, que heredaron del español el instinto del honor y el coraje; gauchos negros, descendientes de los esclavos del Africa y esclavos ellos mismos, leales, simples, valientes y de corazón infantil; hay gauchos mestizos, buenos y malos; pero todos son tremendamente corajudos y propensos a la rebeldía. Artigas amó sus ranchos de terrón, cubiertos con la paja brava del Río y armados con el ramaje retorcido y duro de los árboles de sus costas. Amó sus guitarras, sus canciones, sus creencias, sus costumbres, sus leyendas. Y para conciliar en su propio continente la prestancia del uniforme de Blandengue con la pintoresca indumentaria del gaucho, para hermanar el soldado al montonero, en vez del capote militar se puso el poncho, el alquicel del árabe sobre la casaca guerrera; y cubrió su cabeza con el sombrero paisano de alas anchas, hermano del chambergo romántico de la alferecía castellana, y cuyos barboquejos afirmaban los gauchos entre los dientes, en el revolar de las galopadas sin freno. Y amó, en fin, el caballo criollo, que era como la mitad inferior de aquel centauro; pequeño, infatigable, sufrido, noble y fiel como el abuelo árabe y el padre andaluz, manchado de todos los colores como fulgente de todas las virtudes. Porque Artigas vivió treinta años de a caballo.

El Indio supo que Artigas era misericordioso, que le subía del corazón una protesta viril contra el proceder de conquistadores, mitayos, encomenderos y cuantos explotaban, perseguían y martirizaban al verdadero señor de América, desde hacía tres siglos, sin piedad y sin tregua. Que rechazaba indignado el terrible dilema del aborigen: ser bestia de trabajo o vivir perseguido como a fiera. Y en las bróncеas entrañas debió despertar una resonancia de ternura antes desconocida, aquel Tabaré real, de ojos azules, sangre española y espíritu americano, que los hacía respetar, que se acercaba de paso a sus tolderías, que escuchaba atento la voz profética de los caciques, que aceptaba el trago de chicha de maíz en sus toscas escudillas de barro, que miraba con amor y pena el desfilar de guaraníes, charrúas y guaicurúes contra el espejo de las lagunas y el friso de las cuchillas pampeanas, lanza en mano, sobre el caballo salvaje, en un cuadro a la vez bárbaro y conmovedor.

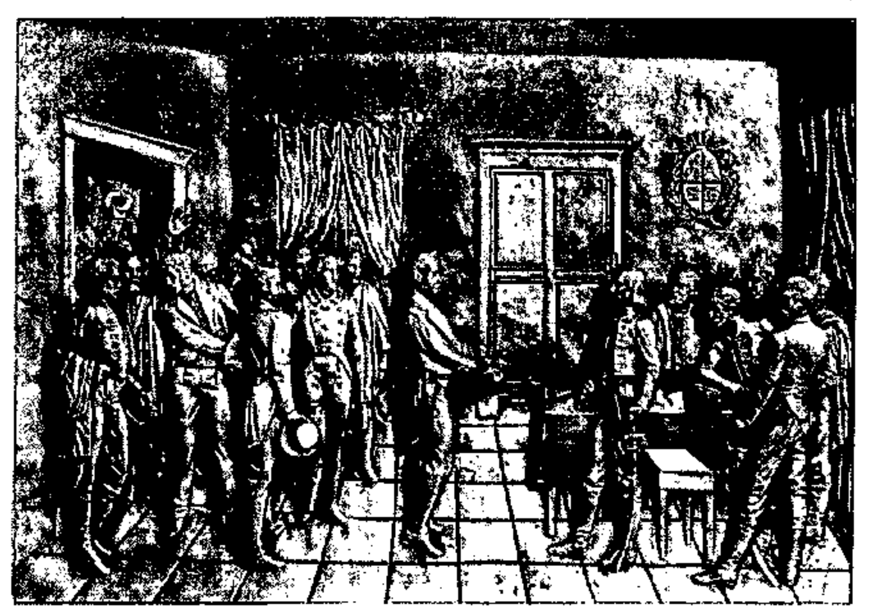
Llegará un día memorable, nunca lo suficientemente justo en los anales reivindicadores de América, en que habrá de esculpirse para su mayor ejemplario, una frase de Artigas, la más sublime pronunciada por el hijo del conquistador sobre la tierra de sus hazañas: "Los indios tienen el principal derecho". Nadie dijo, tan clara y firmemente, tamaña verdad antes que él.

Pues bien: se fué estableciendo una confraternidad entre aquellos hombres, en aquel medio, en aquella hora. Una comunión entre el espíritu de

Artigas y la masa de su pueblo. La Platania entera lo fué acercando a su corazón, inmenso y profundo. A su vez Artigas fué adaptándose a la vida de la campaña, adquiriendo las cualidades de su morador, haciéndose apto para las enormes marchas de a caballo, resistiendo con estoicismo las privaciones físicas y los sufrimientos morales, soportando con semejante impasibilidad el fuego del sol y las gélidas rachas del pampero. Y lo más importante de todo: aprendió el sentido, diríamos telúrico, de la libertad que animaba en el instinto al hombre de las ilimitadas llanuras rioplatenses, el gran soldado en potencia, que pronto llevará hacia todos los rumbos, con el empuje de su naturaleza bravía, los principios fundamentales de la Revolución de Mayo, gloria imperecedera del Río de la Plata.

EL CAUDILLO DE LA INDEPENDENCIA

Tal suerte de varón no aceptaba al Jefe, en el léxico del arte militar. Cuando Napoleón, genio guerrero y arquetipo del profesional de las armas, invadió España, fué el pueblo quien derrotó a sus magníficas tropas en la que se llamó "guerra a cuchillo", cumpliéndose la sublime respuesta de Palafox, que con tales palabras mostró el temple de nuestros padres, al general grancés que exigía la rendición de Zaragoza. La aptitud de improvisación es característica de la raza, como lo es el arrebato pasional. El conductor de las fuerzas populares tiene, allá y aquí, un nombre: el Caudillo. Aquel sol-



Córdoba ofrenda a Artigas, con una espada de honor, los títulos de General y Protector.- Año 1815.- Placa en bronce.

dado del instante, difícil de sujetar, con una intuición admirable de la dignidad humana, hacía una elección tácita, espontánea y definitiva de su caudillo. Y a su vez el caudillo sabía, con pasmosa naturalidad, que lo era, que había nacido para serlo.

En nuestros días, un intelectual rioplatense, que presidió el Consejo de Educación de Santa Fe, tuvo el hermoso gesto de adelantarse al proscenio fluvial proclamando que Artigas "**es el fundador de nuestro federalismo y el primer gran caudillo del Río de la Plata**". Y se repetirá en la sesión solemne del 23 de setiembre de 1950 de la Academia Argentina de la Historia, que Artigas es "**el primer caudillo de la revolución argentina**". Ya escucharemos muchas eminentes voces argentinas sosteniendo esa lúcida verdad en homenaje al gran prócer, nuestro máximo libertador común.

Al clarín de Mayo respondió el alarido de la montonera, en una empresa sin segundo, que luce un nombre lleno de sugestión: **la patriada**. El ilustre argentino doctor Alfredo Palacios, en resonante disertación cumplida a fines de junio de 1947 en la famosa Universidad de San Marcos, en Lima, hizo un elocuente panegírico de aquella masa de desposeídos que por todo el linde de la patria se alzaba reclamando liberación y autonomía. "Hemos condenado a la montonera sin oírla", afirmaba con razón. Y deteniéndose en la figura de Sarmiento, dice de éste: "Desdeñó la tierra y no comprendió el papel del gaucho y la montonera, que llevaban en su entraña el instinto de libertad y el principio de soberanía, marcando así el destino de las democra-

cias esenciales en el Río de la Plata". "El principio de la soberanía popular estaba en el pueblo que acaudillaba Artigas".

Fué una lucha del criollo altivo contra el español intransigente; prolongada entre el gobierno de la ciudad, ajeno a los grandes problemas sociales del campo, y las masas del hombre de la tierra, ansioso de justicia. Entre esos extremos, Artigas representó y condujo tanto la parte de la Independencia como aquella de la Democracia.

Los hijos de las llanuras platenses, que se jugaban la vida a cada instante entre sus potros cerriles y sus toros salvajes, carniceros en su alimentación como los pumas y jaguares en las marañas de sus riberas; los hombres cuyos largos y filosos cuchillos saltaban de las vainas a las manos por una mirada algo fija, por el tono un poco alto de la voz, por la más leve ironía en la sonrisa; los gauchos melenudos como leones, férreos como el **ñandubay**, infatigables como el galope del sol en las cuchillas; los varones que en ese instante tiraban el lazo sobre del testuz del bruto a la carrera, o descuereaban la res semiviva, o alzaban el adobe de sus **ranchos** en desafío al pampero, o recibían por turno la calabaza del **mate amargo** en la rueda patriarcal de los fogones; o jugaban al **truco**, o corrían la **penca**, o bailaban el **gato**, o escuchaban al **payador**; los hijos de la Platania, en fin, al oír la clarinada de Mayo, se detuvieron de súbito, como si los hubiese tocado el aliento de una divinidad.

Para saber lo que costó la patria, hay que salir a caballo, cruzar la tierra desolada, cansarse

hasta el martirio, sufrir el castigo de la lluvia, el fuego del sol o el látigo frío del pampero. Y todavía faltarán el hambre, la desnudez, el desamparo. Y todavía faltarán la opresión, la injusticia, el hostigamiento. Por último, la guerra, el peligro, la muerte... Recién entonces ciertas nobles palabras cobrarán su significación y belleza: Libertad, Democracia, Heroísmo... Ahora es el momento de valorar la deuda de gratitud con el ayer y la trascendencia de nuestro propio paso en la dirección del mañana.

Aquellos grupos de hombres, separados a veces por distancias de leguas, se sentían empero atados por hilos invisibles y tenaces. Corría entre ellos, en las grandes horas, como una onda telepática, de sugestión colectiva. Un hecho notable, una verdad poderosa eran intuídos simultáneamente por todos los miembros físicamente separados de la gran familia de las pampas fluviales. La muchedumbre de los criollos, recobrada ahora su alma, se hizo multitud. Nacía la Patria.

Al unísono, desde el ejido de las ciudades y los pueblos a los confines más remotos de la platanidad, los gauchos de toda una expresión geográfica, o pago, se concitaban en silencio en torno del fogón principal de sus veladas. La noche se iba en un aprestar de armas y aperos. A la hora precisa, entre la oscuridad de la madrugada, saltaban a caballo. No faltaba un solo varón. Estaban los abuelos de barbas patriarcales; los hijos, de largos cabellos atados a nudo de vincha, los nietos

infantiles, soltados prematuramente del regazo maternal. Mudos y sombríos rompían la marcha, al trote corto de los baguales. A la puerta de los ranchos algún sollozo de china joven se ahogaba en el seno de la paisana vieja, el alma curtida de sufrir. Apenas el grito del tero y el chajá, apostados en el misterio, anunciaban el paso de las sombras...

¡Nación extraordinaria! En cada círculo de horizonte había un gaucho más gaucho que los otros, más valiente que las armas, más hábil que el mejor estratega. Todos lo sabían sin que nadie lo dijese. Y cuando los demás se movían como al conjuro de una orden sobrenatural, él, sin comprender por qué, pero seguro como la misma fatalidad, empuñaba su lanza, montaba su potro y se plantaba quieto en su propia cuchilla, donde estaba el centro de los rumbos. Y cuando el trompa del sol tocaba diana en su círculo mágico, el flamante caudillo rompía a su vez la marcha, sin volverse para confirmar que todo el gauchaje del pago avanzaba sobre su huella; que ya no lo abandonaría jamás, cualquiera fuese la fortuna de la empresa; que no obedecería otra voz de mando que la suya; que no podría interrogarlo nunca sobre el norte a seguir o la hueste a enfrentar. Empero todos, sin excepción, intuían lo necesario: un grito de libertad los llamaba, y los caudillos locales convergían hacia él, con la tácita consigna de la victoria o la muerte.

¿Dónde estaba el centro de los centros dispersos?

No era la Ciudad, como en las horas de paz, en los afanes del comercio. En aquel tiempo se pasaba con breve transición del poblado al desierto, de la civilización a la barbarie. Pero lo terrible era el abismo espiritual que separaba al ciudadano del campesino. Perdura todavía la desestimación con que éste escucha los desplantes de aquél en cuanto lo siente en sus manos. El menosprecio del ciudadano es quizá una reacción de cultura. Pero para el gaucho es una defensa de su instinto de independencia. El gaucho adivina que la Ciudad es recinto, encierro, limitación, gobierno, leyes, convencionalismo, astucia y trampa. Y él es la negación de todo eso o en tales formas. El gaucho es la libertad hecha hombre.

Ya podía Buenos Aires erguirse con su trompeta de Mayo en la boca del Río. Los ecos se apagarían en los límites de su fuero vernáculo. De ahí que los lúcidos talentos de la Junta pusieron tropas regulares a las órdenes de Belgrano y Balcarce. Pero al Caudillo de los caudillos ninguna fuerza podían darle que ya él no la tuviera. Por eso Artigas, luego de cruzar de Buenos Aires, con unas pocas armas y algunos recursos que le proporcionara la Junta, fué a situarse junto al paterno Uruguay, en el mismo corazón de la Platania. Y esperó su gran hora. En ese momento se movían hacia él y desde todas direcciones, las columnas de guerreros improvisados, los hijos de la tierra sedienta de redención.

Bien pronto tendría a su alrededor escuadrones de blandengues y legiones de paisanos; solda-

dos los unos, gauchos los más. Jano maravilloso, una cara miraba a la Ciudad y la otra, a la Campaña. Era la dualidad del Jefe y el Caudillo.

El 11 de abril de 1811 el conductor flamante de la patria naciente, investido con los atributos de Mayo, daba en Mercedes su grito, el verdadero para los Orientales, el único henchido de ese poder de sugestión que es privilegio de los grandes emancipadores, y a cuyo conjuro avanzaban las multitudes de los pueblos. El lo ha dicho: "Prevenían mis deseos y corrían de todas partes a honrarse con el bello título de soldados de la patria, organizándose militarmente, en términos que en poco tiempo se vió un ejército nuevo, cuya sola divisa era la libertad".

Y así arengaba a los pueblos:

"Unión, caros compatriotas, y estad seguros de la victoria... y tiemblen esos tiranos de haber excitado vuestro enojo, sin advertir que los americanos del sur están dispuestos a defender su patria y a morir antes con honor que vivir con ignominia en afrentoso cautiverio."





III

APOGEO DE ARTIGAS Y CREACION DE LA PLATANIA

Victoria de Las Piedras. - Exodo del Pueblo Oriental. - El demócrata de los congresos. - Las Instrucciones del Año XIII. - La Liga Federal y el Federalismo de Artigas.

UN DRAMA EN TRES ACTOS

Dijimos que la historia es arte.

Hay un arte en el vivir, que surge de combinar actitudes, experiencias, vínculos, trabajos, luchas, ideas, al impulso de nuestra libertad creadora. Y su recreación por el filósofo de la historia es también obra artística, de la que surge a la vez un deleite estético y una enseñanza moral.

Nada más emotivo y sugerente que el episodio o la tragedia de todo un pueblo. Que el estudio de sus personajes, alguno esencial, estos principales, aquellos secundarios; unos admirables, otros in-

dignos. Que los móviles, la acción y la pasión del argumento. Hay divisiones en cuadros y actos, según los períodos del tiempo. Son obras de ideas, pues queda siempre un pensamiento capital, que parece ser el eje del drama. Y su autor no es el azar, sino que éste es un actor más, preponderante a veces, pero no otra cosa. El escenario es el suelo de la patria y el espectador, el resto del mundo. Y su crítico, el porvenir.

Tres etapas ofrece la epopeya de los pueblos del Río de la Plata, que son los actos del drama de Artigas, obra de pasiones e ideas, en la que el protagonista lucha y se sacrifica por sus magnos ideales: la libertad, el federalismo y la democracia.

Lo primero fué la lidia por la independencia de España, la que ciega de exasperación estimuló el avance del portugués sobre la frontera del Uruguay, etapa que se coronó con la unidad de las provincias del Río, bajo la égida de Artigas; y va de la Revolución de Mayo a 1816.

Después viene la contienda de Artigas contra el despotismo del gobierno de Buenos Aires; problema de familia que aprovechó de nuevo el portugués para lanzarse sobre el Uruguay; aciagos acontecimientos que alcanzan hasta 1819.

Por último, se precipita la derrota de Artigas, abandonado y hasta combatido por algunos de sus tenientes, el fin de la Platania con la desunión de las provincias de la Liga Federal, la prisión del Héroe en el Paraguay y el desgarramiento de la Banda Oriental del seno rioplatense, anexada al

Brasil con el nombre de Provincia Cisplatina, por el año 1820.

Vendrá después la reconquista de 1825, rehaciéndose la fraternidad del Plata. Pero Artigas no estará en el escenario. Serán los tenientes fieles a sus principios quienes obrarán por él. Pero es menester que transcurra más de un siglo para que los pueblos lleguen a interpretar la magnitud y el sentido de su verdadera victoria.

Son, así, como los tres actos de la tragedia clásica: la creación política de la Platania; las luchas por su libertad y unión; por fin la muerte de la gran nación platense, con la derrota física de su Héroe.

EL GRITO DE ASENCIO

Buenos Aires dió, en 1810, el Grito de Mayo.

Pero Montevideo se alzaba todavía como poderoso baluarte de España.

Sin embargo fué en esta orilla donde alboreó la libertad.

El 21 de setiembre de 1808, ante los graves hechos provocados en toda Europa por las ambiciones imperialistas de Napoleón, se intensificaron las rivalidades entre las dos grandes ciudades del Plata, acrecidas por la disputa de merecimientos cuando las victorias sobre el invasor inglés, pero multiplicadas hasta la rotura por las discrepancias en materia de autoridad, al quebrarse el vínculo político con la metrópoli, en manos de Bonaparte. El Cabildo Abierto de Montevideo des-

conoció, aquel día, su dependencia del virreinato, representado por Liniers, rodeando a su gobernador, Elío, y dando así un extraordinario y nunca antes visto en estos lares, testimonio de soberanía e independencia. Además de su importancia como antecedente primicial, expresivo de la facultad omnímoda de los pueblos, base de las instituciones americanas, lo es del derecho de autonomía despertado en los del Plata; antecedente jurídico del sistema federalista, que alcanza en el ideal de Artigas su vértice más rútilo. Artigas descuella, así, como el exponente más representativo de la voluntad autonómica de la América austral.

Con una diferencia capitalísima: Artigas es y será siempre enemigo de la anarquía, de toda escisión que comprometa la integridad espiritual y aun jurídica entre los hermanos de la gran familia rioplatense y la americana. Él sostendrá la autonomía pero sin la discordia. Nunca nos fatigaremos de repetir el principio al que se reduce toda su doctrina: **la unión en la independencia.**

En vísperas de 1810 las Juntas de España, que representaban al gobierno real y metropolitano, sustituyeron a Liniers con Cisneros en el virreinato del Plata y, en Montevideo, al gobernador Elío con Soria y a éste con Vigodet. Pero esos cambios no solucionaron la desinteligencia entre las Bandas fluviales. Por el contrario, al estallar el movimiento emancipador de Mayo, el cabildo de Montevideo, bajo la primacía del partido español, no reconoció la autoridad de la Junta revolucionaria, sometién-

dose al Consejo de la Regencia, instalado en Cádiz. El grupo patriota de Montevideo se debatía en la impotencia. Pero la Campaña Oriental se estremecía en ansiedad renovadora, sólo esperando el pronunciamiento de los caudillos.

Al comenzar el año 1811 vuelve don Francisco Javier de Elío con el título de Virrey del Río de la Plata y con tropas de refuerzo para la plaza de Montevideo, que se erige, así, en capital del virreinato. Orgulloso, autoritario y opositor acérrimo del criollismo, se aprestó a hacer de esta ciudad su base de operaciones contra la Revolución de Mayo. Y es en tan críticos momentos que Artigas abandona las filas del español, se presenta a la Junta de Buenos Aires, le ofrece su espada y su prestigio y la vivifica con la solemne promesa de concentrar en un ejército la campaña oriental del Plata e impulsarla como un ariete contra los muros de la fortaleza reaccionaria.

En ese preciso momento un caudillo local, don Venancio Benavides, sueña con ser él, y nadie más, jefe de los Orientales.

Es ésta una figura de bárbara grandeza. Un gaucho corpulento, de bellísima estampa, coraje ilimitado y con renombre de jinete y baquiano. Representa la voluntad criolla, intuitiva, irreprimible. Todo el paisanaje de la dilatada región del Río Uruguay, entre el Negro y el Plata, con varios centros vitales: Mercedes y Soriano al norte y Colonia del Sacramento al sur, sienten su

influencia. Ese don Venancio, personaje casi legendario, al declarar Elío guerra a Buenos Aires, le responde con una proclama de emancipación, algo así como un eco de Mayo.

Es el 28 de febrero de 1811. Son apenas unos escuadrones de gauchos crudos, armados de trabucos, tercerolas y lanzas de tacuara. La Historia y el Arte han recogido ese gesto heroico, grabándolo con trazos indelebles, ya en sus páginas de gloria, ora en el lienzo famoso de un Herrera. Es el Grito de Asencio, la primicia guerrera de la Banda Oriental, su adhesión intuitiva y frenética con los principios y los hombres de la Revolución. Hoy, a orillas del arroyo Asencio, la República Oriental del Uruguay ostenta el primero de sus hitos fundamentales. De este modo, uno de los más pequeños afluentes de la orientalidad guarda una de sus más grandes leyendas: "Aquí nació la Patria".

ARTIGAS EN LA REVOLUCION DE MAYO

Colonia del Sacramento, el clásico bastión de la soberanía platense, supo responder con nobleza al clamor de sus hermanos. Es justo destacar la vinculación profunda que existe entre Buenos Aires y la Colonia, en la que se guardan tres siglos de tradición heroica y rioplatense. El emisario de la Junta fué recibido con intenso júbilo por el partido criollo, a cuyo frente se puso el sacerdote José María de la Peña, y aun el comandante militar de la plaza, don Ramón del Pino.

Alarmado Elío por el grupo español de la Colonia, envió allá, en naves armadas, al famoso regimiento de Blandengues, mandado por el brigadier Muesas. El ayudante mayor de la bizarra tropa era nada menos que José Artigas. El ascendiente de la fuerza aguerrida se impuso a los vacilantes como del Pino. Pero ya Artigas había tomado su decisión y, quitándose de las órdenes de España, acompañado por el cura de la Peña y otros criollos de ley, protegido por el más gallardo vástago de la familia de la Quintana, de abolengo patricio, cruzó el Río como Mar y fué a encender su alma en el verbo flamígero de Mariano Moreno.

Pronto, investido con la autoridad de la Junta Revolucionaria, Artigas vuelve a la Banda Oriental, cruzando el Río Uruguay por la Calera de las Huérfanas en los primeros días de abril de 1811.

En ese momento el caudillo don Venancio Benavides, al frente de medio millar de gauchos, derrota a los españoles en San José, en el Colla y se apodera, al fin, de la Colonia el 27 de mayo. Pero nueve días antes Artigas había ganado la batalla de Las Piedras, conquistando con ello las palmas de coronel y afirmando su prestigio total e indisputable sobre la campaña Oriental. Entonces el orgulloso don Venancio, defraudado en sus sueños de fastigio, herido en su vanidad de caudillo en prominencia, abandona esta orilla donde nada puede hacer a su deseo y busca el apoyo directo de Buenos Aires. Desaparece así del escenario rioplatense, para morir despechado en la

batalla de Salta, se dice que bajo el plomo de las carabinas americanas. Artigas ignoró ese drama. Su espíritu de titán miraba hacia los más límpidos y dilatados horizontes. Su afán era la Patria para América; y América para la Libertad.

Esa es la hora en que entran los Artigas al escenario prócero. Ellos dominan y cierran aquel arco que circunda al Montevideo español. Hacia el este opera don Manuel Francisco Artigas, hermano de José, quien se apodera de Minas, San Carlos, Maldonado y la fortaleza Santa Teresa, en el extremo oceánico de la costa del Plata. En el centro está Manuel Artigas, primo hermano del libertador y antiguo soldado de Belgrano, quien, con Benavides, derrota al ibero en San José; y allí cae, herido de muerte. La Junta inscribirá su nombre ilustre en la Pirámide de Mayo. En el oeste está José Artigas, decisivamente victorioso.

Pero la Junta toma un actitud inexplicable. Subordina al héroe bajo Rondeau, figura sin ascendiente en aquel suelo. La injusticia de ese gobierno hacia el caudillo autonomista, cuyas ideas habría conocido en su presentación a Buenos Aires, no cesará ya nunca.

Como bien saben los hombres habituados al ejercicio del mando, el cargo no es por sí solo una fuerza de autoridad. Por otra parte Artigas no es un Benavides. Pronto será el verdadero Jefe de los Orientales, por la voluntad de ellos mismos; pero siempre sacrificará la pasión a los mandatos del superior deber, desoyendo, por el interés perma-

nente de sus hermanos, las mezquindades de toda circunstancia.

LA VICTORIA DE LAS PIEDRAS

Artigas, con gran sentido estratégico, se ha plantado en una posición central, en Canelones, y magnetiza y atrae todas las fuerzas diseminadas de americanos. Sus precursores, desde los gauchos de Asencio a los bisoños soldados de San José, quebraron el arco. Pero será la victoria de Artigas a las mismas puertas de Montevideo, el máximo bastión ibero en estos lares, la que partirá la flecha iracunda y arrojará sus pedazos al Río. El mismo Rondeau se desprende de parte de sus tropas para reforzar al hombre llamado por el destino. Para que el espíritu de la platanidad esté con él, combatirán en sus filas bizarros patricios argentinos. Las cenizas de alguno de ellos se guardan hoy en la urna del Soldado Desconocido de la Independencia. Lo que acaece suele ser tan armonioso y cabal que nos afirmamos en ver ciertas páginas de historia como magníficas obras de arte, que, negando la dictadura del azar, proclaman la libertad de una superior inteligencia.

A su vez, Elío organiza un destacamento de sus mejores soldados, pone a su frente al capitán de fragata don José Posadas y, con ojo de lince, le señala la misión principal, que destaca como la única digna de sus temores: destruir a Artigas. Va a darse la primera gran batalla de la Revolución de Mayo.

La expectativa es muy justificada. La campaña del Alto Perú había ahogado el idealismo de la causa en la sangre de los mártires de Córdoba, comprometido el éxito en Desaguadero y si venció en Suipacha fué para ajusticiar a los jefes adversarios. En contraste con ese proceder, Bolívar llegará a su hora para inclinar, magnánimo, la suerte de la futura Bolivia del lado opuesto al mundo del Plata. La otra expedición, la del Paraguay, se replegó vencida por el despertar del sentimiento unitario y separatista. Allá fué el odio; aquí, la anarquía.

La tercera empresa, la más grande, pura y fructuosa, será de Artigas. Sólo costó a la Junta un puñado de valientes y unos pocos recursos. Ella se cumplió con el sacrificio de la otra Banda, por el gran denuedo de los Orientales, sin la más leve mácula para los principios de la Revolución, sin que Artigas mostrase una sombra de resentimiento con el gobierno que lo había desairado en una injusta distribución del mando militar, ni un adarme de venganza hacia el hispano vencido, apesar de las horcas que éste había mandado levantar en el recinto de Montevideo para castigo de los patriotas.

Es la mañana del 18 de Mayo de 1811. Cosa extraordinaria: va a cumplirse el primer año de la Revolución. Es el mes de la gloria. Ese mismo día Buenos Aires se entera que el gobierno de la Madre Patria cayó en manos de Bonaparte, imponiéndose por tanto la urgencia de establecer una autoridad que centralice la vida pública de las pro-



Primera estatua erigida a la gloria de Artigas, proyectada por el gran artista uruguayo don Juan Manuel Blanes y ejecutada en los famosos talleres Costa, de Florencia (25 de Agosto de 1898)- Bronce consagrado en casi todas las capitales de los pueblos de América.

vincias del Río. Ya el 4 de marzo de 1811, mientras el cadáver de Mariano Moreno bajaba al lecho del estuario platense desde la cubierta de la fragata que lo llevaba al exilio, era Artigas quien sostenía el aliento inmortal, antes suyo, en la garganta del más bello afluente del Río-mar. El hombre de Mayo ha muerto de una enfermedad del alma. Los del partido de Cornelio Saavedra, su antagonista, son ahora dueños de la situación. En el seno revolucionario se agita la anarquía. Dos bandos: los **federales** y los **unitarios**, fermentan su encono e inician la lucha. Artigas, entonces brazo de Mayo, será bien pronto el cerebro y el corazón del sistema federal. Por eso y a su turno caerá, como Moreno, desde el puente del fastigio, para hundirse vivo en el mar de selvas del hermano Paraguay. Mientras tanto, si se apaga un hachón, es porque la mano providente ya está encendiendo, con la chispa postrera, la nueva antorcha que habrá de iluminar otra etapa del interminable progreso. La Libertad no se detiene con la caída de sus mártires.

Allá va el capitán Posadas. La Ciudad lo vió partir con la esperanza puesta en su imponente arreo. Artigas está cerca. Son mil españoles contra mil americanos. El primero ha hecho pie en ventajosas alturas; el otro mueve unos pocos escuadrones, ocultando el resto en la contrapendiente. Los europeos se dejan atraer por esa mano tendida y, recién al abandonar su guardia dominante, ven las falanges de la mano oculta dispuestas a cerrarse para el golpe mortal. Un repliegue a tiempo los

ordena en cuadro sobre otra loma, próxima al pueblo de Las Piedras, Ahí fué a buscarlos Artigas con sus infantes. Apesar del fuego de fusilería y cañón que los fustiga, los patriotas alcanzan las líneas adversarias, las enfrentan y rompen con tal denuedo que Posadas mira hacia Montevideo e inicia su repliegue. Mas el previsor Artigas tenía apostado, en lugar y tiempo precisos, a su hermano Manuel Francisco, y cargan sus escuadrones sobre el español, en el ápice psicológico de la liza. Ha triunfado el genio militar sobre la mayor veteranía y el más poderoso armamento. La batalla se inició poco antes del mediodía y eran las cuatro de la tarde cuando se rendía el ibero. El magnánimo vencedor quiso recibir la espada del vencido de manos de un sacerdote, respetó la vida de sus prisioneros, supo evitar inútil derramamiento de sangre en la culminación de la lucha y consoló en la desgracia a los enemigos que habían puesto infame precio a su cabeza. Así escribía a la Junta de Buenos Aires, que lo subordinara injustamente a una autoridad menos capaz y a la que hoy sostenía con la resonancia de su victoria: "Son los momentos en que me considero elevado por la fortuna al grado de felicidad más alto, si las armas de mi mando han podido contribuir a perfeccionar la grande obra de libertad de mi amada patria".

Con esta pureza de conducta salvó Artigas la causa de la Revolución de Mayo en la hora más crítica de su destino.

SITIO DE MONTEVIDEO

De inmediato se adelantó con banderas desplegadas a poner sitio a su ciudad natal, Montevideo, con la esperanza de rescatarla para los patriotas como fruto de sus trabajos, derecho de su capacidad y premio de su gran victoria. ¡Pero no! Para la Junta, Artigas debía sembrar sacrificios y Rondeau, recoger palmas. Cuando éste vió rendido a Posadas y desmoralizada la plaza, supo decir candorosamente, señalando los muros del recinto: "Ahí están los laureles que han de coronar nuestras frentes".

Pero si Buenos Aires era ingrata, la Campaña fué justa. El renombre del Héroe corría por los ríos y las colinas de la Platania y su triunfo remozaba el prestigio y la fuerza de la Revolución. Se conmovían ahora hasta el ceñudo Paraguay y la orgullosa Ciudad de los Virreyes. Tanto relieve fué cobrando el perfil del vencedor de Las Piedras, que en el ejemplar del 21 de enero de 1812, afirma el cronista de "El Censor" de Buenos Aires: "He visto un ejército de cinco mil hombres cantar el **Himno a Artigas** con lágrimas de entusiasmo". Decían las estrofas marciales:

"¡Bravos Orientales
himnos entonad,
que Artigas va al templo
de la Libertad!"

También los argentinos consagrarán en las estrofas de su propio Himno Nacional la gloria de

Artigas, hermanada a otros grandes éxitos de su historia:

"Ambas Piedras, Salta y Tucumán"

Desde la cumbre del Cerrito, Artigas domina la última ciudadela de los españoles en el Plata. Era su deseo más fervoroso evitar calamidades entre padres e hijos. Por eso exigió la entrega de la plaza con las más nobles palabras que salieron de labios de un vencedor. Decía a Elío: "Reine paz, señor; la paz que deseo. Que nuestras bayonetas no vuelvan a teñirse con la sangre de nuestros hermanos; y que esos vecinos cuya felicidad anhelo, disfruten de la bella unión que debe ligarnos".

Esas palabras: **Bella Unión** dieron nombre a un pueblo fundado en 1828 por Rivera, que fué principal teniente de Artigas, en el sugestivo lugar donde se juntan tres países vinculados profundamente a la historia del Héroe: Uruguay, Brasil y Argentina.

Paz, libertad, unión. Esas serán constantemente sus miras. Pero sus adversarios no podrán comprender tanta grandeza de alma, ni hablarán con su lenguaje. Elío procuró ganar tiempo, contestando con engaños. En rapto de desesperación por la infortuna de los sucesos, el último virrey del Plata se vengará en las familias de los patriotas de Montevideo, expulsándolas a "la tierra de nadie", cruzada de peligros. Entre ellas está la de Artigas. Y en un gesto vesánico, sabedor de las injusticias de la Junta para con el Héroe, espera atraérselo, ofreciéndole dinero, la más alta graduación militar y el comando de toda la Campaña. He aquí la res-

puesta de Artigas: "El insulto que se le hace a mi persona y a los honrosos sentimientos que respiro, es tan indigno del carácter suyo como de mi contestación en la causa que sigo; y si algún día los americanos del sur nos vimos reducidos al abatimiento, hoy estamos resueltos a hacer valer los derechos que los tiranos nos tenían usurpados". Y termina: "Así, desprecie usted la vil idea que ha concebido, seguro de que el premio jamás será suficiente para doblar mi constancia."

INVASION PORTUGUESA

¿Cuál era en ese momento la conducta del gobierno de Buenos Aires? ¿Acaso Artigas despreciaba dádivas y honores porque fuesen mezquinos al lado de las recompensas que le debía la Junta de Mayo, de la que había probado ser el máximo defensor? ¡No! Artigas, quijote de la más pura cepa racial, obedecía siempre a la pureza de sus inspiraciones naturales, a los impulsos de su genio. En cambio los demás se agitaban entre el torbellino de las pasiones. Y cuando ya caía Montevideo, como resultado indubitable de la lealtad, la constancia, la energía y el triunfo de Artigas, la Junta pone a éste bajo la autoridad de Rondeau, cuya irresolución prolonga estérilmente la cosecha de sus frutos, los que el prócer ansiaba dar para los silos morales de la misma Junta y la suerte de la naciente Revolución. He aquí sus amargas y justas reflexiones: "Nos vimos empeñados en un sitio de cerca de cinco meses, en que mil y mil accidentes privaron de que se

coronasen nuestros triunfos... ya porque el General en Jefe creía se presentaban dificultades invencibles... ya, finalmente, porque llegó una fuerza extranjera a llamar nuestra atención."

Para Artigas los españoles no eran extranjeros. ¿Cuál era, entonces, esa fuerza **extranjera**, es decir: **no americana** en el sentido continental que todos los grandes libertadores dieron al vocablo **patria?**

Era la eterna invasión del portugués, que avanzaba de nuevo desde su dominio del Brasil, para arrebatarnos mucho más que los frutos de la victoria sobre el español; a quitarnos la suspirada Independencia.

Locura de España fué, en menoscabo del hijo. Y en cuanto éste conjure el peligro, vendrá otra invasión todavía; locura de Buenos Aires en perjuicio del hermano. Pero, en el fondo, no serán España ni Buenos Aires los culpables, sino la pasión de sus gobiernos, la ceguera de sus hombres dirigentes. La falta de habilidad política, el descuido de la estrategia diplomática fué grave error de nuestros padres, que condujo, en el norte y en el sur, a una reducción contínua y alarmante del territorio y la soberanía de los pueblos de América Española.

De hacerse dueño de Montevideo, el gran Artigas hubiese sido, desde Asunción al Plata, el hombre más poderoso de la Revolución de Mayo. Verdad que era el poder en manos de la virtud. Porque el mismo Paraguay, tan hostil a Belgrano, no lo era con Artigas. En diciembre de 1811 podía decirse a la Junta asunceña: "Los vecinos Orientales se con-

sideran unos con los Paraguayos en todas sus relaciones." Y ese pensamiento primicial generará su postrero, cuando se decida a buscar en el seno guaraní, diez años más tarde, teas con que mantener encendida la libertad sobre las riberas de nuestros grandes ríos.

He aquí la razón de nuestra desdicha: Napoleón había invalido España y Portugal. Los príncipes de este último reino, don Juan de Braganza y doña Carlota de Borbón huyeron al Brasil, donde Carlota, de la sangre de los reyes de España, formalizó cuantas intrigas pudiesen entronizarla sobre el virreinato rioplatense. El brigadier Elío, sintiéndose impotente para dominar la Revolución, aceptó el apoyo de las tropas lusitanas que reiteradamente le fuera ofrecido. Entonces el capitán general don Diego de Souza cruzó el Yaguarón a mediados de 1811, avanzó con un poderoso ejército por el clásico camino de invasión de la Angostura, tomando sucesivamente Melo, Santa Teresa y Maldonado, y amenazando en dirección a Montevideo.

El gobierno de Buenos Aires se mantiene indeciso. Promete a los Orientales un refuerzo de tropas que no envía. En su seno hay imperialistas, seducidos por la princesa Carlota. Envían una embajada de paz, pero sin éxito. El tiempo que se le obliga a perder, desespera a Artigas. La Campaña opone al invasor una guerra de recursos y su consigna es "Morir con honor o vivir libres". Los oficiales sitiadores, aunque padeciendo miseria, rehusan los sueldos que les envía la Junta y, admirada ésta, proclama al ejército Oriental "Benemérito de la Patria

en grado heroico". Los invasores portugueses ya van a unirse a los reanimados españoles. El momento es terrible.

¿Cómo conjura el peligro el gobierno porteño? De modo suicida. Abandona a los Orientales a su poca fuerza. El vencedor de Las Piedras se indigna de una capitulación estipulada "sin la anuencia de los Orientales, cuya suerte era lo que iba a decidirse". El doctor don José Julián Pérez fué comisionado por el gobierno de Buenos Aires para pactar con Elío. Pérez concierta una entrevista con Artigas y Rondeau y ella se realiza sobre la línea del sitio, cuyo cerco levanta Rondeau el 14 de octubre, para volverse a Buenos Aires. El 10 de octubre de 1811, Artigas es proclamado Jefe de los Orientales, resolviéndose "no dejar la guerra de esta Banda hasta extinguir en ella a sus apresores, o morir dando con su sangre el mayor triunfo a la libertad". Pero nada pudo impedir el entendimiento de la otra Banda, sobre la base de que "no se reconocería jamás otra autoridad que la del virrey, ni otro soberano que Fernando VII". La Revolución estaba herida de muerte.

EXODO DEL PUEBLO ORIENTAL

En tanto el portugués devastaba la Campaña. Sus actos de vandalismo tenían aterrorizados a los pueblos. Artigas nō tiene de dónde sacar recursos en aquella arrasada Banda Oriental. Su riqueza ganadera fué llevada en masa a Río Grande. Nada

más elocuente que las palabras del Héroe, sobre este trágico momento:

"Pueblos enteros —afirma— habían de ser entregados al saco horrorosamente; pero sobre todo la numerosa y bella población de extramuros de Montevideo se vió completamente saqueada y destruída. Las puertas mismas y ventanas, las rejas todas fueron arrancadas... los portugueses convertían en páramos los abundantes campos por donde pasaban; y por todas partes se veían tristes señales de desolación. Los propietarios habían de mirar el exterminio infructuoso de sus caros bienes cuando servían a la patria como soldados... Los Orientales habían jurado en lo hondo de su corazón un odio irreconciliable, un odio eterno a toda clase de tiranía... y que afrontarían la muerte antes de degradarse del título de ciudadanos, que habían sellado con su sangre".

¿Qué le queda por hacer a Artigas en situación tan desesperada, entre dos poderosos enemigos, abandonado de su hermano, con un pueblo yacente y moribundo?

El dolor es la piedra de toque de las grandes almas. La calidad y fuerza de su genio van a culminar en uno de los hechos más extraordinarios de la historia de América: **el Exodo del Pueblo Oriental.**

Artigas, prefiriendo "la expatriación a la servidumbre", rompe a marchar. ¿Hacia dónde? Va a lo largo de los ríos paternos, seguro de que sus manes le serán propicios. Ya se detendrá sobre una de sus altivas barrancas y, desde allí, concitando a cuan-

tas fuerzas pueda, volverá contra el enemigo de la patria. Su idea es simple, clara, lógica. Y pone al trote su caballo criollo.

¡Oh milagro! ¡oh portento! La nueva corre con la rapidez del relámpago. Por todos los caminos y a campo traviesa las familias se asoman penosamente al paso del célebre caudillo, a caballo, en carretas, a pie. La patria entera se levanta de sus ruinas y forma el cortejo sufriente y esperanzado de su héroe. Es el David del despotismo. Es el Mesías de la libertad. Y los enfermos, los lisiados, los viejos, las mujeres, los niños, los Orientales todos, constituyéndose en una nación errante, emigran en pos del caudillo predestinado a ser el Protector de los Libres del Sur. Y hasta los indios, los indomables Charrúas, forman la retaguardia de aquellos diez y seis mil Orientales sin hogar y sin fortuna.

Tal épica resolución colectiva conmueve al Héroe. Su palabra es más digna que toda otra para describir y justipreciar el prodigio: "Ellos lo han resuelto. Cada día veo con más admiración sus rasgos singulares de heroicidad y constancia; unos quemando sus casas y los muebles que no podían conducir, otros caminando leguas a pie por falta de auxilio o por haber consumido sus cabalgaduras en el servicio; mujeres ancianas, viejos decrépitos, párvulos inocentes acompañan esta marcha, manifestando todos la mayor energía y resignación en medio de todas las privaciones".

Tres meses duró este peregrinar de un pueblo a lo largo de su río, del que dió nombre a una

gloriosa nación, cuna de Artigas. Durante la marcha, el acento del indeclinable principista no cesaba de resonar. Decía: "Yo llegaré muy en breve a mi destino con este pueblo de héroes". Y volviendo la cabeza hacia los Orientales, les repetía: "No quiero que persona alguna venga forzada; todos voluntariamente deben empeñarse en su libertad". Y a los que avanzan a la vanguardia les señala una etapa definitiva, el extremo desesperado pero sublime: "En tanto en algún punto de América respiren las almas libres, desde allí esperarán el triunfo de la justicia". Y mira hacia el Paraguay, proponiendo a su gobierno "un plan combinado de operaciones". Y el Paraguay, ceñudo con los porteños, responde que "los ilustres, invencibles guerreros de la Banda Oriental, levantarán un padrón al firmamento, que haga inmortal la memoria de ambos ejércitos".

Es decir, que es casi un hecho la alianza entre el Paraguay y la Banda Oriental ante la primera invasión portuguesa después de la Revolución de Mayo. ¿Por qué no habría de serlo en 1820, cuando el Héroe derrotado por la segunda invasión, también se dirige al hermano Paraguay?

Ahora ha pasado a la otra Banda, donde, "para proveer a su alivio y al premio de su heroico y distinguido patriotismo", se le señala la región de Yapeyú como campamento de su espera. Y es así, por ocurrencia del destino, que la tierra que fué cuna de San Martín, es la elegida para abrir su seno de amor al reposo del pueblo de Artigas.

En tanto, el gobierno de Buenos Aires ha reaccionado e impetra el abandono del territorio Oriental de mano de los portugueses, quienes, "con notable transgresión de los tratados", según protesta de Artigas, siguen ocupando y saqueando toda la Banda. Se calcula en un millón de caballos y dos millones de vacunos los arreados a Río Grande, a donde también fueron trasladados los principales saladeros del Uruguay. Por eso se cantaba en los **fogones**, al son de las guitarras criollas:

"En Oriente se pierden los lauros
que la Patria nos hizo ganar."

El último campamento de Artigas fué en las orillas del arroyo Ayuí, afluente del río Uruguay, sobre la margen derecha. Con Artigas estaban sus grandes tenientes Rivera y Lavalleja, llamados a brillantes destinos. Por falta de armas, los patriotas se adiestraban con palos en las diarias evoluciones para mantener instrucción y disciplina. En previsión de más graves sucesos el gobierno de Buenos Aires, aunque siempre receloso del prestigio de aquel noble titán de las libertades platenses, lo nombra General en Jefe del Ejército Patriota de la Banda Oriental, luego de los informes favorables de su agente don Nicolás de Vedia, que certificara sus inmaculados propósitos; mientras que "La Gaceta", el órgano oficial de prensa desde los días de Moreno, estampaba en signos lapidarios su dictamen sobre las tropas "del valiente Artigas, de ese ejército más glorioso que el de los atenienses bajo las órdenes del bravo Temístocles, cuando Atenas

fué desgraciadamente ocupada por las armas de los persas."

Finalmente la corte portuguesa del Brasil, con intervención del ministro inglés en Río de Janeiro, firmó el cese de las hostilidades entre Portugal y las Provincias Unidas. Los lusitanos abandonaron de nuevo la codiciada Banda Oriental, a la espera de otro momento más propicio, que fué cuando la desinteligencia entre los pueblos del Plata se hizo más honda. Y provocando esa funesta política fratricida, se sometió al Héroe, a pesar de aquel nombramiento a la máxima autoridad, bajo las órdenes del general Sarratea, su enemigo, y cuyos actos tendieron, sin ningún pudor, a desmoralizar el ejército, minando el prestigio de un jefe natural y supremo, según el pronunciamiento de 1811.

"Yo me escandalizo —dice el Prócer— cuando examino este cúmulo de intrigas que hace tan poco honor a la verdad y forma un premio indigno de mi moderación excesiva." Y coronaba su pensamiento con estas palabras trascendentales: "En la constancia del Pueblo Oriental sobre las márgenes del Uruguay, se garantieron los proyectos de toda la América libre."

ARTIGAS PALADIN DE LA DEMOCRACIA

Entretanto Rondeau, vanguardia de Sarratea, sitia al ejército español de Vigodet, encerrado en Montevideo. En el último día de diciembre de 1812, las fuerzas de la plaza irrumpen en el campo de los

patriotas. En el camino chocan con una compañía de soldados negros mandada por el capitán Antonio Videla. "Grita: viva el rey", le impetran, en tanto le apoyan la punta del acero en el pecho. ¡Viva la patria!, exclama el valiente, y cae herido de muerte. En el Cerrito se desarrolla la batalla y el triunfo corona a los americanos.

Artigas regresa con cinco mil hombres y alcanza el Paso de la Arena pocos días después de la victoria y su única exigencia, para garantir la fraternidad de las armas, es que regrese Sarratea a Buenos Aires, medida que anhelan los más calificados jefes sitiadores, y al cabo satisfecha. El 26 de febrero de 1813 es saludada la incorporación de Artigas entre vítores y dianas. Toda la Campaña Oriental está otra vez a las órdenes del ilustre Caudillo.

"La libertad de América forma mi sistema y plantearlo es mi único anhelo." —expresa en febrero de 1813. Pero Artigas no se conforma sólo con la libertad. Quiere también la democracia. Y convoca a congreso nacional, que se inicia en las Tres Cruces el 5 de abril, designándose los cinco diputados que representarán a los orientales en la Asamblea Constituyente de las Provincias Unidas, instalada en Buenos Aires desde el 31 de enero. Es en tan magna ocasión que Artigas propone normas de organización institucional y principios de derecho que lo hicieron famoso y por los cuales lo señala la historia como uno de los más grandes precursores y paladines de la democracia en América.

Reunidos los representantes del pueblo, Artigas dijo en su discurso inaugural:

"Ciudadanos: el resultado de la campaña pasada me puso al frente de vosotros por el voto sagrado de vuestra voluntad general. Hemos corrido diez y siete meses cubiertos de gloria y miseria, y tengo la honra de volver a hablaros en la segunda vez que hacéis uso de vuestra soberanía. En ese período yo creo que el resultado corresponde a vuestros grandes designios. El formará la admiración de las edades. Los portugueses no son los señores de nuestro territorio. De nada habrían servido nuestros trabajos si, con ser marcados con energía y constancia, no tuviesen por guía los principios inviolables del sistema que hizo su objeto. **Mi autoridad emana de vosotros y ella cesa por vuestra presencia soberana. Vosotros estáis en el pleno goce de vuestros derechos**; ved ahí el fruto de mis ansias y desvelos; ved ahí, también, todo el premio de mi afán. Ahora en vosotros está el conservarlo."

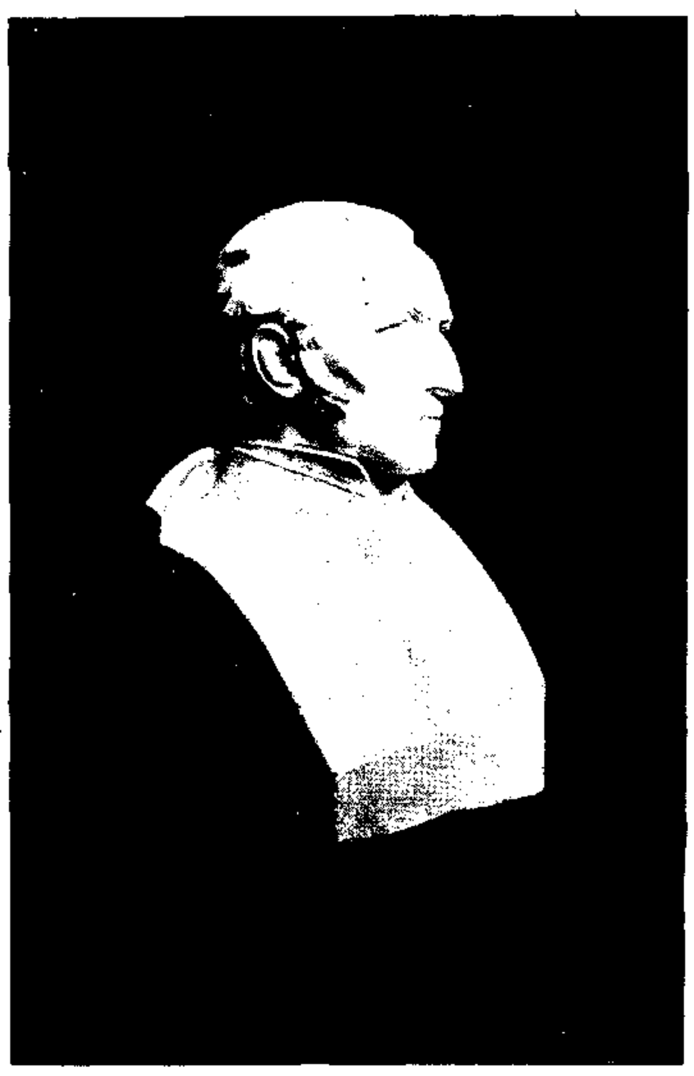
Pocos héroes han dicho más con menos palabras. Nunca la conducta del soldado frente al derecho, fué señalada con más claridad y belleza. No hallarán los estadistas de nuestro continente ejemplo más digno de sus mejores intenciones para labrar la felicidad de los pueblos.

Así obraba Artigas en 1813. Sin embargo, hasta aquel momento, los más señeros conductores bregaban por establecer en la América austral el sistema monárquico. Todavía el 16 de mayo de 1815, en el memorial dirigido al ex rey de España, Carlos IV, viejo y caduco, y a su hijo el príncipe Fernando, por los diputados del Gobierno Provisional del Río de la Plata, guardado en los Archivos de la Nación

Argentina, se clama: "Imploran de Vuestra Majestad, como su Soberano, les otorgue el objeto de su ardiente súplica". Y estampa el implorado: "Las Provincias del Río de la Plata han sido las primeras que postradas a mis Reales Pies, protestan que no han reconocido, ni pueden reconocer, otro soberano legítimo, que yo." Y, por último, he aquí la clave del proyecto de Constitución Monárquica que concebía aquella hora confusa: "La nueva monarquía de América del Sur tendrá por denominación el Reino Unido del Río de la Plata, Perú y Chile", "su pabellón será blanco y azul celeste".

Vale decir, que en toda la América austral, del Pacífico al Atlántico, con el respaldo de varones tan prominentes como San Martín, Belgrano y Rivadavia, se sostenía que el **soberano** debía ser un rey. **Para Artigas el único soberano fué siempre el pueblo**, del que proviene su autoridad y ante cuyos representantes la declina. El libertador de México, Iturbide, termina en emperador. Bolívar opta por la república vitalicia de fuerte autoridad. No se trata de disminuir la gloria de estos grandes varones, pero sí de justipreciar la calidad excepcional de Artigas. Y ni siquiera años más tarde, en el celebrado Congreso de Tucumán de 1816, los dirigentes del Río de la Plata se atreven a romper con la monarquía, contrariando los preceptos de Artigas, ilustre precursor de la democracia americana.

En aquel instante supremo, cuando del caos de las ideas y el tumulto de las pasiones, van a plasmar las nacionalidades nuevas, los hombres vacilan en-



Del escultor uruguayo don *Edmundo Prati*. - en la Plaza de la Fraternidad de la Habana.

tre dos polos ideológicos: República o Monarquía, Federalismo o Unitarismo; es decir: entre Artigas y lo demás.

Las cláusulas que ofreció a los diputados de la Banda Oriental y que éstos aceptaron con entusiasmo, son conocidas y admiradas bajo el rótulo de **Instrucciones del Año XIII**. Ellas se condensan en los siguientes principios:

La independencia absoluta de la metrópoli.

La confederación de todas las provincias del Río de la Plata.

La libertad civil y religiosa.

En armonía con el Gobierno general, cada provincia tendría el suyo propio.

El Gobierno se subdividiría en tres poderes: legislativo, ejecutivo y judicial, independientes en sus facultades.

El Gobierno supremo sólo entendería en los negocios de interés general, mientras que cada gobierno provincial se consagraría a sus problemas particulares.

La Banda Oriental mantendría su soberanía, libertad e independencia; y tendría su ejército propio.

El despotismo militar sería aniquilado con trabas constitucionales que asegurasen la inviolable soberanía de los pueblos.

La capital de la Nación no sería Buenos Aires.

Teniendo como antecedentes los postulados de las constituciones de los Estados Unidos de América del Norte, ni siquiera el gran Bolívar, que recién en